

**Audiolibro La Fortuna De Los  
Rougon Mile Zola Cap Tulo Iv**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Ruth Weaver (Lehi)** - - - - Capítulo 4. Antoine Macquart regresó a Plassans tras la caída de Napoleón. Había tenido la increíble suerte de no participar en ninguna de las últimas y mortíferas campañas del Imperio. Se había arrastrado de puesto en puesto sin que nada lo sacara de su vida embrutecida de soldado. Esa vida acabó de desarrollar sus vicios naturales. Su pereza se volvió razonada; sus borracheras, que le valieron un número incalculable de castigos, fueron desde entonces a sus ojos una verdadera religión. Pero lo que lo convirtió sobre todo en el peor de los granujas fue el gran desdén que concibió por los pobres diablos que se ganaban por la mañana su pan de la noche. -Tengo dinero en el pueblo -decía a menudo a sus camaradas-; cuando me den la licencia, podré vivir como un burgués. Esta creencia y su crasa ignorancia le impidieron ascender ni siquiera al grado de cabo. Desde su partida, no había ido a pasar ni un día de permiso a Plassans, pues su hermano inventaba mil pretextos para tenerlo alejado. Por eso ignoraba por completo la hábil forma en que Pierre se había apoderado de la fortuna de su madre. Adélaïde, en la indiferencia profunda en que vivía, no le escribió sino tres veces, para decirle simplemente que se encontraba bien. El silencio que solía acoger sus numerosas peticiones de dinero no le infundió ninguna sospecha; la roñosería de Pierre bastaba para explicarle las dificultades que experimentaba para arrancar, de vez en cuando, una miserable pieza de veinte francos. Por lo demás, eso no hizo sino aumentar el rencor contra su hermano, que le dejaba pudrirse en el servicio, pese a su promesa formal de rescatarlo. Se juraba, al regresar a casa, que no volvería a obedecer como un chiquillo y que reclamaría rotundamente su parte de la fortuna, para vivir a su gusto. Soñó, en la diligencia que lo traía, con una deliciosa existencia de pereza. El derrumbamiento de sus castillos en el aire fue terrible. Cuando llegó al arrabal y no reconoció ya el cercado de los Fouque, se quedó atónito. Tuvo que preguntar la nueva dirección de su madre. Allí hubo una escena espantosa. Adélaïde le comunicó tranquilamente la venta de sus bienes. Él se enfureció, llegó hasta a levantarle la mano. La pobre mujer repetía: -Tu hermano se quedó con todo; se ocupará de ti, es lo convenido. Salió por fin y corrió a casa de Pierre, a quien había avisado de su regreso, y que se había preparado para recibirle y terminar con él para siempre, a la primera frase grosera. -Oiga -le dijo el comerciante de aceite, que aparentó no tutearlo ya-, no me revuelva la bilis o le pongo en la puerta. Después de todo, no lo conozco. No llevamos el mismo apellido. Ya es bastante desgracia para mí que mi madre se haya portado mal, sin que sus bastardos vengan aquí a insultarme. Estaba bien dispuesto hacia usted; pero, ya que se muestra insolente, no haré nada, absolutamente nada. Antoine estuvo a punto de ahogarse de cólera. -¿Y mi dinero? -gritaba-. ¿Me lo devolverás, ladrón, o tendré que arrastrarte ante los tribunales? Pierre se encogía de hombros: -No tengo dinero suyo -respondió, cada vez más tranquilo-. Mi madre dispuso de su fortuna como le pareció. Y yo no soy quién para meter la nariz en sus asuntos. He renunciado de buen grado a toda esperanza de herencia. Estoy a cubierto de sus sucias acusaciones. Y, como su hermano tartamudeaba, exasperado por aquella sangre fría y sin saber qué pensar, le puso ante los ojos el recibo que Adélaïde había firmado. La lectura de aquel documento acabó de abrumar a Antoine. -Está bien -dijo con voz casi tranquila-, ya sé lo que tengo que hacer. La verdad es que no sabía qué partido tomar. Su impotencia para encontrar un método inmediato para tener su parte y vengarse activaba aún más su furiosa fiebre. Volvió a casa de su madre, la sometió a un interrogatorio vergonzoso. La infeliz mujer no podía sino enviarlo otra vez a Pierre. -¿Es que os creéis -exclamó él insolentemente- que vais a hacerme ir y venir como un zarandillo? Ya me enteraré de cuál de los dos tiene el gato. ¿Quizá te lo has comido tú?... Y, aludiendo a su antigua mala conducta, le preguntó si no tendría algún canalla al que daba sus últimos cuartos. Ni siquiera perdonó a su padre, aquel borracho de Macquart, decía, que debía de haberla timado hasta su muerte, y que dejaba a sus hijos en la miseria. La pobre mujer escuchaba, con aire embrutecido. Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Se defendió con un terror de niño, respondiendo a las preguntas de su hijo como a las de un juez, jurando que se

portaba bien, y repitiendo siempre con insistencia que no tenía un cuarto, que Pierre se había quedado con todo. Antoine casi acabó por creerla. -¡Ah, qué bribón! -murmuró-; por eso no me rescataba. Tuvo que dormir en casa de su madre, en un jergón echado en una esquina. Había vuelto con los bolsillos completamente vacíos, y lo que más lo exasperaba era verse sin ningún recurso, mientras que su hermano, según él, hacía buenos negocios, comía y dormía cómodamente. No teniendo con qué comprarse ropa, salió al día siguiente con el pantalón y el quepis de ordenanza. Tuvo la suerte de encontrar, en el fondo de un armario, una vieja chaqueta de terciopelo amarillento, gastada y remendada, que había pertenecido a Macquart. Con esta singular vestimenta corrió por la ciudad, contando su historia y pidiendo justicia. La gente a la que fue a consultar lo recibió con un desprecio que le hizo verter lágrimas de rabia. En provincias, se es implacable con las familias venidas a menos. Según la opinión común, a los Rougon-Macquart les venía de casta y se devoraban entre sí; la galería, en lugar de separarlos, más bien los habría incitado a morderse. Pierre, por lo demás, empezaba a lavarse su mancha original. Su bribonada hizo reír; ciertas personas llegaron a decir que había hecho muy bien, si realmente se había apoderado del dinero, y que eso sería una buena lección para las personas libertinas de la ciudad. Antoine regresó desalentado. Un abogado le había aconsejado, con muecas asqueadas, que lavara sus trapos sucios en familia, tras haberse informado hábilmente de si poseía la suma necesaria para sostener un proceso. Según aquel hombre, el asunto parecía muy enredado, los debates serían muy largos y el éxito era dudoso. Además, hacía falta dinero, mucho dinero. Esa tarde, Antoine fue aún más duro con su madre; no sabiendo de quién vengarse, repitió sus acusaciones de la víspera; tuvo a la infeliz hasta media noche estremecida de vergüenza y de espanto. Al contarle Adélaïde que Pierre le pasaba una pensión, adquirió la certeza de que su hermano se había embolsado los cincuenta mil francos. Pero, en su irritación, fingió dudar todavía, por un refinamiento de maldad que lo aliviaba. Y no dejaba de interrogarla con aire desconfiado, aparentando que seguía creyendo que ella se había comido su fortuna con amantes. -¡Vamos, mi padre no ha sido el único! -dijo por fin con grosería. Ante este último golpe, ella fue a arrojarse tambaleante sobre un viejo arcón, donde se quedó toda la noche sollozando. Antoine comprendió pronto que no podía, solo y sin recursos, llevar a cabo una campaña contra su hermano. Intentó al principio interesar a Adélaïde en su causa; una acusación, hecha por ella, podía tener graves consecuencias. Pero la pobre mujer, tan blanda y dormida, desde las primeras palabras de Antoine se negó con energía a molestar a su hijo mayor. -Soy una desgraciada -balbucía-. Tienes razón al encolerizarte. Pero, ya ves, tendría demasiados remordimientos, si hiciera que metieran a uno de mis hijos en la cárcel. No, prefiero que me pegues. El notó que sólo le sacaría lágrimas, y se contentó con agregar que se veía justamente castigada, y que no sentía la menor lástima de ella. Por la noche, Adélaïde sacudida por las peleas sucesivas que le buscaba su hijo, tuvo una de esas crisis nerviosas que la dejaban rígida, los ojos abiertos, como muerta. El joven la arrojó sobre la cama; después, sin aflojarle siquiera la ropa, se puso a hurgar por la casa, buscando por si la infeliz tenía ahorros escondidos en alguna parte. Encontró unos cuarenta francos. Se apoderó de ellos y, mientras su madre se quedaba allí, tiesa y sin resuello, se fue a coger tranquilamente la diligencia de Marsella. Acababa de ocurrírsele que Mouret, el obrero sombrerero que se había casado con su hermana Úrsule, debía de estar indignado con la bribonada de Pierre, y que querría sin duda defender los intereses de su mujer. Pero no encontró al hombre con el que contaba. Mouret le dijo claramente que se había acostumbrado a mirar a Úrsule como una huérfana, y que no quería, a ningún precio, tener altercados con su familia. Los asuntos de la pareja prosperaban. Antoine, recibido muy fríamente, se apresuró a tomar de nuevo la diligencia. Pero, antes de marchar, quiso vengarse del secreto desprecio que leía en las miradas del obrero; como su hermana le había parecido pálida y agobiada, tuvo la taimada crueldad de decirle al marido, al alejarse: -Tenga cuidado, mi hermana siempre ha sido muy enclenque, y la he encontrado muy cambiada; podría usted perderla. Las lágrimas que subieron a los ojos de Mouret le probaban que había puesto el dedo en una llaga sangrante. Por eso aquellos obreros hacían excesivo alarde de felicidad. Cuando regresó a Plassans, la certeza de que tenía las manos atadas volvió a Antoine aún más amenazador. Durante un mes, sólo se le vio a él por la ciudad. Recorría las calles, contando su historia a quien quería oírlo. Cuando conseguía que su madre le diera una pieza de un franco, iba a bebérsela a alguna taberna, y allí gritaba muy alto que su hermano era un canalla que pronto tendría noticias suyas. En semejantes lugares, la dulce fraternidad que reina entre borrachos le proporcionaba un auditorio simpático; todos los granujas de la ciudad abrazaban su causa; había invectivas sin fin contra ese bribón de Rougon que dejaba sin pan a un valiente soldado, y la sesión terminaba de ordinario con la condena general de todos los ricos. Antoine, por un refinamiento de venganza, continuaba paseándose con su quepis, su pantalón de ordenanza y su vieja chaqueta de terciopelo amarillo, aunque su madre se había ofrecido a comprarle ropa más decente. Exhibía sus andrajos, los desplegaba el domingo, en pleno paseo Sauvaire. Uno de sus goces más delicados consistió en pasar diez veces al día delante de la tienda de Pierre. Agrandaba los agujeros de la chaqueta con los dedos, aflojaba el paso, se ponía a veces a charlar delante de la puerta, para quedarse más tiempo en la calle. Esos días, se llevaba a

algún borracho amigo suyo, que le servía de compadre; le contaba el robo de los cincuenta mil francos, acompañando el relato de insultos y amenazas, en voz alta, para que toda la calle lo oyera, y que sus palabrotas llegasen a su destino, hasta el fondo de la tienda. -Acabará por venir a mendigar delante de nuestra casa -dijo Félicité, desesperada. La vanidosa mujercita sufría horriblemente con este escándalo. Incluso alguna vez, por esa época, lamentó en secreto haberse casado con Rougon; este último tenía una familia demasiado terrible. Lo habría dado todo por que Antoine dejara de pasear sus harapos. Pero Pierre, a quien la conducta de su hermano enloquecía, ni siquiera quería que se pronunciara su nombre delante de él. Cuando su mujer le daba a entender que quizá valdría más desembarazarse de él dándole algunos francos: -No, nada, ni un ochavo -gritaba con furor-. ¡Que reviente! Sin embargo, él mismo terminó por confesar que la actitud de Antoine resultaba intolerable. Un día, Félicité, queriendo acabar, llamó a aquel hombre, como lo denominaba haciendo una mueca desdeñosa. «Aquel hombre» estaba motejándola de tunanta en medio de la calle, en compañía de un camarada todavía más andrajoso que él. Ambos estaban trompas. -Ven, nos llaman desde ahí dentro -dijo Antoine a su compañero con voz de guasa. Félicité retrocedió murmurando: -Queremos hablar sólo con usted. -¡Bah! -respondió el joven-, mi camarada es un buen chico. Puede oírlo todo. Es mi testigo. El testigo se sentó con todo su peso en una silla. No se destocó y empezó a mirar a su alrededor, con esa sonrisa embrutecida de los borrachos y de la gente grosera que se siente insolente. Félicité, avergonzada, se colocó delante de la puerta de la tienda, para que no vieran desde fuera a la singular compañía que recibía. Felizmente su marido llegó en su ayuda. Una violenta disputa se entabló entre él y su hermano. Este último, cuya lengua espesa se trabucaba en los insultos, repitió más de veinte veces los mismos agravios. Incluso acabó echándose a llorar, y faltó poco para que su emoción se contagiara a su camarada. Pierre se había defendido de una forma muy digna. -Veamos -dijo por fin-, es usted desgraciado y me da lástima. Aunque me ha insultado cruelmente, no olvido que tenemos la misma madre. Pero, si le doy algo, sepa que lo hago por pura bondad y no por miedo... ¿Quiere cien francos para salir de apuros? Esta repentina oferta de cien francos deslumbró al camarada de Antoine. Miró a este último con un aire encantado, que significaba claramente: «Puesto que el burgués ofrece cien francos, ya no hay que andarse con tonterías». Pero Antoine pretendía especular con las buenas disposiciones de su hermano. Le preguntó que si se burlaba de él; era su parte, diez mil francos, lo que exigía. -Te equivocas, te equivocas -farfullaba su amigo. Por fin, cuando Pierre, impaciente, hablaba de ponerlos a los dos en la puerta, Antoine rebajó sus pretensiones y, de repente, sólo reclamó mil francos. Se pelearon aún un buen cuarto de hora sobre esa cifra. Félicité intervino. La gente empezaba a congregarse delante de la tienda. -Escuche -dijo con presteza-, mi marido le dará doscientos francos, y yo me encargo de comprarle un traje completo y de alquilarle un alojamiento durante un año. Rougon se enfadó. Pero el camarada de Antoine, entusiasmado, gritó: -Está hecho, mi amigo acepta. Y Antoine declaró, en efecto, de malos modos, que aceptaba. Veía que no conseguiría más. Se convino que le enviarían el dinero y el traje al día siguiente, y que unos días después, en cuanto Félicité le hubiera encontrado un alojamiento, podría instalarse. Al retirarse, el borracho que acompañaba al joven fue tan respetuoso como insolente acababa de estar; saludó más de diez veces a la compañía, con aire humilde y torpe, farfullando vagos agradecimientos, como si los dones de los Rougon le hubieran estado destinados. Una semana después, Antoine ocupaba una gran habitación del barrio viejo, en la cual Félicité, excediéndose en sus promesas, tras el compromiso formal del joven de dejarlos tranquilos en adelante, había mandado poner una cama, una mesa y sillas. Adélaïde vio marcharse a su hijo sin ningún pesar; estaba condenada a más de tres meses a pan y agua por la corta estancia que había hecho en su casa. Antoine pronto se comió y se bebió los doscientos francos. Ni por un instante se le había ocurrido emplearlos en algún pequeño comercio que le hubiera ayudado a vivir. Cuando estuvo de nuevo sin un céntimo, al no tener ningún oficio, y repugnándole además toda tarea continuada, quiso exprimir de nuevo la bolsa de los Rougon. Pero las circunstancias ya no eran las mismas, no consiguió asustarlos. Pierre aprovechó incluso esa ocasión para ponerlo en la puerta, prohibiéndole que volviera a pisar su casa. Por mucho que Antoine reanudó sus acusaciones, la ciudad, que conocía la munificencia de su hermano, pregonada por Félicité a bombo y platillos, no le dio la razón y lo calificó de holgazán. Mientras tanto, el hambre apretaba. Amenazó con hacerse contrabandista como su padre, y cometer alguna trastada que deshonrara a la familia. Los Rougon se encogieron de hombros; sabían que era demasiado cobarde para arriesgar el pellejo. Por fin, lleno de una rabia sorda contra sus parientes y contra la sociedad entera, Antoine se decidió a buscar trabajo. Había conocido, en una taberna del arrabal, a un obrero cestero que trabajaba en casa. Se ofreció a ayudarlo. En poco tiempo aprendió a trenzar canastas y cestos, obras groseras y a bajo precio, de fácil venta. Pronto trabajó por cuenta propia. Aquel oficio poco cansado le gustaba. Seguía siendo dueño de su pereza, y eso era lo que pedía, sobre todo. Se ponía a la tarea cuando no podía hacer ya otra cosa, trenzando de prisa y corriendo una docena de canastas que iba a vender al mercado. Mientras le duraba el dinero, ganduleaba, recorriendo las tiendas de vinos, digiriendo al sol; después, cuando había ayunado durante un día,

cogía sus varas de mimbre con sordas invectivas, acusando a los ricos, que, ellos sí, viven sin hacer nada. El oficio de cesterero, así entendido, es de lo más ingrato; su trabajo no habría bastado para pagar sus borracheras, si no se las hubiera arreglado para procurarse el mimbre barato. Como no lo compraba nunca en Plassans, decía que iba cada mes a hacer su provisión a un pueblo vecino, donde decía que lo vendían a mejor precio. La verdad es que se abastecía en los mimbrales del Viorne, en las noches oscuras. El guarda rural lo sorprendió incluso una vez, lo cual le valió unos días de cárcel. Fue a partir de ese momento cuando se las dio en la ciudad de feroz republicano. Afirmó que estaba fumando tranquilamente su pipa a orillas del río, cuando el guarda rural lo había detenido. Y añadía: - Quisieran desembarazarse de mí, porque saben cuáles son mis opiniones. ¡Pero no los temo, a esos ricos bribones! Sin embargo, al cabo de diez años de haraganería, Macquart opinó que trabajaba de más. Su continuo sueño era inventar una forma de vivir bien sin hacer nada. Su pereza no se habría contentado con pan y agua, como la de ciertos holgazanes que consienten en quedarse con hambre, con tal de poder cruzarse de brazos. Él quería buenas comidas y hermosos días de ociosidad. Habló por un momento de entrar como criado en casa de algún noble del barrio de San Marcos. Pero un palafrenero amigo suyo le metió miedo contándole las exigencias de sus amos. Macquart, harto de sus cestos, viendo llegar el día en que tendría que comprar el mimbre necesario, iba a venderse como reemplazo y a reanudar la vida de soldado, que prefería mil veces a la de obrero, cuando trabó amistad con una mujer cuyo encuentro modificó sus planes. Josephine Gavaudan, a quien toda la ciudad conocía por el diminutivo familiar de Fine, era una moza alta y gruesa de unos treinta años. Su cara cuadrada, de anchura masculina, presentaba en la barbilla y en los labios unos pelos ralos, pero terriblemente largos. Se la tenía por toda una mujer, capaz si venía a cuento de liarse a puñetazos. Por eso sus anchos hombros, sus brazos enormes, imponían un asombroso respeto a los chavales, que ni siquiera se atrevían a sonreír de sus bigotes. Pese a ello, Fine tenía una vocecita aguda, una voz de niña, débil y clara. Los que la trataban afirmaban que, a pesar de su aire terrible, era de una dulzura de cordero. Muy animosa para el trabajo, habría podido ahorrar algo de dinero de no haberle gustado los licores; adoraba el anisete. Con frecuencia, los domingos por la noche, había que llevarla a su casa. Toda la semana trabajaba con una testarudez de bestia. Desempeñaba tres o cuatro oficios, vendía fruta o castañas cocidas en el mercado, según la estación, era la asistenta de algunos rentistas, iba a fregar platos a casa de los burgueses los días de banquete, y empleaba su ocio en arreglar sillas de paja. La ciudad entera la conocía sobre todo como sillera. En el sur se hace un gran consumo de sillas de enea, que son de uso común. Antoine Macquart conoció a Fine en el mercado. Cuando iba allí a vender sus cestas, en invierno, se ponía, para tener calor, al lado del hornillo en el cual ella cocía sus castañas. Quedó maravillado de su valor, él, a quien la menor tarea espantaba. Poco a poco, bajo la aparente rudeza de aquella fuerte comadre, descubrió timideces, bondades secretas. A menudo la veía dar puñados de castañas a los arrapiezos andrajosos que se paraban extasiados ante su olla humeante. Otras veces, cuando el inspector del mercado la zarandeaba, casi se echaba a llorar, sin parecer consciente de sus gruesos puños. Antoine acabó diciéndose que era la mujer que necesitaba. Trabajaría por los dos, y él dictaría la ley en el hogar. Sería su bestia de carga, una bestia infatigable y obediente. En cuanto a su afición a los licores, la encontraba muy natural. Tras haber pensado bien las ventajas de semejante unión, se declaró. Fine quedó encantada. Nunca un hombre se había atrevido a ligarse a ella. Por más que le dijeron que Antoine era el peor de los pillastres, no se sintió con valor para rechazar el matrimonio que su fuerte naturaleza reclamaba desde hacía tiempo. La misma noche de bodas, el joven se fue a vivir al alojamiento de su mujer, en la calle Civadière, cerca del mercado; el alojamiento, que se componía de tres piezas, estaba mucho más confortablemente amueblado que el suyo, y con un suspiro de contento se estiró sobre los dos excelentes colchones que guarnecían la cama. Todo marchó bien los primeros días. Fine se dedicaba, como en el pasado, a sus múltiples tareas; Antoine, presa de una especie de amor propio marital que lo asombró a él mismo, trenzó en una semana más cestas de las que había hecho nunca en un mes. Pero el domingo estalló la guerra. Había en la casa una suma bastante considerable que los esposos mermaron fuertemente. Por la noche, borrachos ambos, se zurraron la badana, sin que les fuera posible, al día siguiente, recordar cómo había comenzado la disputa. Se habían mostrado muy tiernos hasta las diez; después Antoine había empezado a apalea brutalmente a Fine, y Fine, exasperada, olvidando su dulzura, había devuelto tantos puñetazos como bofetadas recibía. Al día siguiente, reanudó valientemente el trabajo, como si nada ocurriera. Pero su marido, con sordo rencor, se levantó tarde y se pasó el resto del día fumando su pipa al sol. A partir de ese momento, los Macquart adoptaron el género de vida que iban a seguir llevando. Quedó tácitamente acordado entre ellos que la mujer sudaría el quilo para mantener al marido. Fine, que amaba instintivamente el trabajo, no protestó. Era de una paciencia angelical, cuando no había bebido, y le parecía muy natural que su hombre fuera perezoso, y trataba de evitarle incluso las más leves tareas. Su punto flaco, el anisete, no la volvía mala, sino justa. Las noches en que se había ensimismado ante una botella de su licor favorito, si Antoine le buscaba pelea, caía sobre él a brazo partido, reprochándole su holgazanería y su ingratitud. Los vecinos

estaban acostumbrados a los escándalos periódicos que estallaban en la habitación de los esposos. Se aporreaban concienzudamente; la mujer pegaba como una madre que corrige a su galopín; pero el marido, traicionero y rencoroso, calculaba sus golpes, y en varias ocasiones estuvo a punto de lisiar a la infeliz. -Habrás adelantado mucho, cuando me hayas roto una pierna o un brazo -le decía ella-. ¿Quién te alimentará, holgazán? Aparte estas escenas de violencia, Antoine empezó a encontrar soportable su nueva existencia. Iba bien vestido, comía y bebía hasta hartarse. Había dejado totalmente de lado la cestería; a veces, cuando se aburría en exceso, se prometía trenzar, para el próximo día de mercado, una docena de cestas, pero a menudo ni siquiera terminaba la primera. Guardó, debajo de un sofá, un paquete de mimbre que no usó en veinte años. Los Macquart tuvieron tres hijos: dos niñas y un niño. Lisa, nacida la primera, en 1827, un año después de la boda, no estuvo mucho en la casa. Era una niña guapa y rolliza, muy sana, sanguínea, que se parecía mucho a su madre. Pero no iba a tener su abnegación de bestia de carga. Macquart había puesto en ella una necesidad de bienestar muy firme. De pequeñita, accedía a trabajar todo un día para conseguir un pastel. Aún no contaba siete años cuando le cogió cariño la jefa de correos, vecina suya. Ésta la convirtió en una criadita. Cuando perdió a su marido, en 1839, y se retiró a París, se llevó a Lisa consigo. Sus padres casi se la habían dado. La segunda hija, Gervaise, nacida al año siguiente, era coja de nacimiento. Concebida en la embriaguez, sin duda durante una de aquellas noches vergonzosas en que los esposos se apaleaban, tenía el muslo derecho torcido y flaco, extraña reproducción hereditaria de las brutalidades que su madre había tenido que aguantar en una hora de lucha y de borrachera furiosa. Gervaise se quedó enclenque, y Fine, viéndola muy pálida y muy débil, la puso a régimen de anisete, con el pretexto de que necesitaba coger fuerzas. La pobre criatura se reseco aún más. Era una chiquilla alta y delgada, cuyos vestidos, siempre demasiado anchos, flotaban como vacíos. Sobre su cuerpo chupado y contrahecho tenía una deliciosa cabeza de muñeca, una carita redonda y descolorida de una exquisita delicadeza. Su invalidez era casi un atractivo; su cintura se doblaba suavemente a cada paso, con una especie de balanceo cadencioso. El hijo de los Macquart, Jean, nació tres años después. Fue un mozo fuerte, que no recordaba en nada las delgadeces de Gervaise. Salía a su madre, como la hija mayor, sin tener su parecido físico. Aportaba, el primero, a los Rougon-Macquart, un rostro de rasgos regulares, y que tenía la frialdad tosca de una naturaleza seria y poco inteligente. Este muchacho creció con la voluntad tenaz de crearse un día una posición independiente. Frecuentó asiduamente la escuela y se rompió la cabeza, que tenía muy dura, para meter en ella un poco de aritmética y de ortografía. A continuación se colocó como aprendiz, renovando los mismos esfuerzos, testarudez tanto más meritoria cuanto que necesitaba un día para aprender lo que otros sabían en una hora. Mientras los pobres críos estuvieron a cargo de la casa, Antoine refunfuñó. Eran bocas inútiles que le recortaban su parte. Había jurado, como su hermano, no tener más hijos, esos despilfarradores que dejan a sus padres en la miseria. Había que oírlo desconsolarse, desde que eran cinco a la mesa, y la madre daba los mejores bocados a Jean, a Lisa y a Gervaise. -¡Eso es! -rezongaba-. ¡Atibórralos, que revienten! A cada vestido, a cada par de zapatos que Fine les compraba, se ponía de mal humor varios días. ¡Ah!, si lo hubiera sabido, jamás habría tenido aquella prole, que lo obligaba a fumar sólo veinte céntimos de tabaco al día, y ponía con excesiva frecuencia, en la mesa de la cena, patatas guisadas, un plato que despreciaba profundamente. Más adelante, con las primeras monedas de un franco que Jean y Gervaise le produjeron, opinó que los hijos algo tenían de bueno. Lisa ya no estaba allí. Él hizo que lo mantuviesen los dos que quedaban sin el menor escrúpulo, como hacía ya que lo mantuviese su madre. Fue, por su parte, una especulación muy calculada. Desde la edad de ocho años, la pequeña Gervaise iba a partir almendras a casa de un negociante vecino; ganaba medio franco al día, que el padre se metía regiamente en el bolsillo, sin que la propia Fine se atreviera a preguntar a dónde iba ese dinero. Después, la jovencita entró de aprendiz en una planchadora, y cuando fue obrera y ganó dos francos diarios, los dos francos se extraviaron de la misma manera entre las manos de Macquart. Jean, que había aprendido el oficio de carpintero, era despojado igualmente los días de paga, cuando Macquart conseguía detenerlo al pasar, antes de que hubiera entregado el dinero a su madre. Si ese dinero se le escapaba, cosa que ocurría algunas veces, se ponía de un mal humor terrible. Durante una semana miraba a sus hijos y a su mujer con aire furioso, buscándoles pelea por nada, aunque todavía con el pudor de no confesar la causa de su irritación. A la paga siguiente, se ponía al acecho y desaparecía días enteros, en cuanto lograba escamotear las ganancias de los chiquillos. Gervaise, apaleada, criada en la calle con los chicos de la vecindad, se quedó embarazada a la edad de catorce años. El padre del niño no tenía dieciocho años. Era un obrero curtidor, llamado Lantier. Macquart se enfureció. Después, cuando supo que la madre de Lantier, que era una buena persona, accedía a quedarse con el niño, se calmó. Pero conservó a Gervaise, ésta ganaba ya un franco con veinticinco céntimos, y evitó hablar de boda. Cuatro años después tuvo un segundo hijo, que la madre de Lantier volvió a reclamar. Macquart, esta vez, cerró rotundamente los ojos. Y cuando Fine le decía tímidamente que convendría hacer una gestión con el curtidor para arreglar una situación que daba que hablar, declaraba resueltamente que su hija no lo dejaría, y que la entregaría a su seductor más adelante, «cuando fuera digno

de ella, y tuviera con qué comprar los muebles». Esa época fue el mejor momento de Antoine Macquart. Se vistió como un burgués, con levitas y pantalones de paño fino. Cuidadosamente afeitado, casi gordo, ya no era el pillastre macilento y andrajoso que recorría las tabernas. Frecuentó los cafés, leyó los periódicos, paseó por el paseo Sauvaire. Jugaba al caballero mientras tenía dinero en el bolsillo. Los días de miseria se quedaba en casa, exasperado por verse retenido en su cuchitril y no poder ir a tomar su taza de café; esos días acusaba a todo el género humano de su pobreza, se ponía enfermo de cólera y de envidia, hasta el punto de que Fine, apiadada, le daba a menudo la última moneda de cobre de la casa, para que pudiera pasar la velada en el café. Aquel buen hombre era de un egoísmo feroz. Gervaise aportaba hasta sesenta francos al mes a la casa, y vestía delgados trajes de indiana, mientras que él se encargaba chalecos de raso negro en uno de los buenos sastres de Plassans. Jean, un mocetón que ganaba de tres a cuatro francos diarios, era desvalijado acaso con mayor impudencia. El café donde su padre permanecía días enteros se encontraba justamente en frente del taller de su patrón, y, mientras él manejaba el cepillo o la sierra, podía ver, del otro lado de la plaza, al «señor» Macquart azucarando su café o jugando a los cientos con algún pequeño rentista. Era su dinero el que el viejo holgazán jugaba. Él no iba nunca al café, no tenía los veinticinco céntimos necesarios para tomarse un carajillo. Antoine lo trataba como a una jovencita, no le dejaba una perra chica y le pedía cuentas del empleo exacto de su tiempo. Si el infeliz, arrastrado por unos camaradas, perdía un día en una excursión al campo, a orillas del Viorne o en las laderas de Les Garrigues, su padre se enfurecía, le levantaba la mano, le guardaba mucho tiempo rencor por los cuatro francos que echaba en falta al final de la quincena. Mantenía así a su hijo en un estado de dependencia interesada, llegando a veces hasta considerar como suyas las amigas a quien el joven carpintero cortejaba. Iban, a casa de los Macquart, varias compañeras de Gervaise, obreras de dieciséis a dieciocho años, chicas atrevidas y risueñas cuya pubertad despertaba con ardores provocativos, y que, ciertas tardes, llenaban la habitación de juventud y alegría. El pobre Jean, privado de todo placer, retenido en casa por la falta de dinero, miraba a aquellas chicas con ojos brillantes de codicia; pero la vida de niño que le hacían llevar le infundía una invencible timidez; jugaba con las amigas de su hermana, osando apenas rozarlas con la yema de los dedos. Macquart se encogía de hombros, con lástima: -¡Qué inocente! -murmuraba con aire de irónica superioridad. Y era él quien besaba a las jovencitas en el cuello, cuando su mujer le daba la espalda. Llevó incluso las cosas más lejos con una pequeña planchadora a quien Jean perseguía más intensamente que a las otras. Se la robó una tarde, casi de entre los brazos. El viejo tunante presumía de galán. Hay hombres que viven de una querida. Antoine Macquart vivía así de su mujer y sus hijos, con idéntica ignominia e impudicia. Sin la menor vergüenza saqueaba la casa y se iba a jugar fuera, cuando la casa estaba vacía. Y encima adoptaba una actitud de hombre superior; sólo regresaba del café para criticar amargamente la miseria que lo esperaba en la vivienda; opinaba que la cena era detestable; declaraba que Gervaise era una tonta y que Jean nunca sería un hombre. Sumido en sus disfrutes egoístas, se frotaba las manos después de comerse el mejor bocado; después fumaba su pipa a cortas bocanadas, mientras los dos pobres niños, rotos de fatiga, se dormían en la mesa. Sus días pasaban, vacíos y felices. Le parecía muy natural que lo mantuvieran, como a una furcia, arrellanando su pereza en las banquetas de un cafetín, o paseándola, en las horas de fresco, por el paseo o por la Explanada. Acabó por contar sus incursiones amorosas delante de su hijo, que lo escuchaba con ojos ardientes de famélico. Los hijos no protestaban, acostumbrados a ver a su madre como humilde sirvienta de su marido. Fine, aquella grandullona que lo vapuleaba de lo lindo, cuando estaban los dos borrachos, seguía temblando ante él, cuando estaba en su juicio, y lo dejaba reinar como un déspota en la casa. Él le robaba por la noche los buenos dineros que ganaba en el mercado durante el día, sin que ella se permitiera otra cosa que velados reproches. A veces, cuando se comía por adelantado el dinero de la semana, acusaba a la infeliz, que se mataba a trabajar, de ser una mala cabeza, de no saber salir de apuros. Fine, con una dulzura de cordero, respondía con su vocecita clara, que surtía un singular efecto al salir de aquel corpachón, que ya no tenía veinte años, y que el dinero resultaba muy duro de ganar. Para consolarse, compraba un litro de anisete, y por la noche tomaba copitas con su hija, mientras Antoine regresaba al café. Ese era su desenfreno. Jean se iba a acostar; las dos mujeres se quedaban a la mesa, aguzando el oído, para escamotear la botella y las copas al menor ruido. Cuando Macquart se retrasaba, ellas se emborrachaban así, a pequeñas dosis, sin tener conciencia de ello. Embrutecidas, mirándose con una sonrisa vaga, la madre y la hija acababan balbuciendo. Manchas rosa brotaban en las mejillas de Gervaise; su carita de muñeca, tan delicada, se ahogaba en un aire de estúpida beatitud, y no había nada más lastimoso que aquella cría enclenque y descolorida, ardiente de embriaguez, con la risa idiota de los borrachos en sus labios húmedos. Fine, hundida en su silla, se entorpecía. A veces olvidaban estar al acecho, o no se sentían ya con fuerzas para retirar la botella y las copas, cuando oían los pasos de Antoine en la escalera. Esos días, había paliza en casa de los Macquart. Jean tenía que levantarse para separar a su padre y a su madre, y para acostar a su hermana, que, sin él, habría dormido en las baldosas. Cada partido tiene sus seres grotescos y sus seres infames. Antoine Macquart,

corroído de envidia y de odio, soñando venganzas contra la sociedad entera, acogió la República como una era bienaventurada en la que le estaría permitido llenar sus bolsillos en la caja del vecino, e incluso estrangular al vecino, si éste manifestaba el menor descontento. Su vida de café, los artículos de periódico que había leído sin entenderlos, habían hecho de él un terrible charlatán que pronunciaba sobre política las teorías más extrañas del mundo. Hay que haber oído, en provincias, en algún cafetín, perorar a uno de esos envidiosos que han digerido mal sus lecturas, para imaginarse a qué grado de maligna tontería había llegado Macquart. Como hablaba mucho, había sido soldado y pasaba naturalmente por hombre enérgico, se veía muy rodeado, muy escuchado por los ingenuos. Sin ser un jefe de partido, había sabido reunir a su alrededor a un grupito de obreros que tomaban sus furores celosos por indignaciones honradas y convencidas. A partir de febrero, se dijo que Plassans le pertenecía, y la manera sardónica con que miraba, al pasar por las calles, a los pequeños detallistas que estaban asustados en el umbral de sus tiendas, significaba claramente: «Llegó nuestro día, corderitos, ¡y vamos a obligaros a bailar un lindo baile!».

Se había vuelto de una insolencia increíble; representaba su papel de conquistador y de déspota, hasta el punto de que dejó de pagar sus consumiciones en el café, y el dueño del establecimiento, un necio que temblaba cuando él revolvía los ojos, no se atrevió nunca a presentarle la cuenta. Fueron incalculables los cafés que se tomó en esa época; invitaba a veces a sus amigos, y durante horas chillaba que el pueblo se moría de hambre y que los ricos debían repartir. Él no le habría dado cinco céntimos a un pobre. Lo que sobre todo hizo de él un feroz republicano fue la esperanza de vengarse por fin de los Rougon, que se alineaban francamente del lado de la reacción. ¡Ah, qué triunfo si pudiera un día tener a Pierre y Félicité a su merced! Aunque estos últimos hubieran hecho negocios bastante malos, se habían convertido en burgueses, y él, Macquart, seguía siendo un obrero. Eso lo exasperaba. Y lo que era aún más mortificante, tenían un hijo abogado, otro médico, el tercero empleado, mientras que su Jean trabajaba de carpintero y su Gervaise de planchadora. Cuando comparaba a los Macquart con los Rougon, experimentaba aún una gran vergüenza al ver a su mujer vender castañas en el mercado y arreglar por la noche las viejas sillas pringosas del barrio. Sin embargo, Pierre era su hermano, y no tenía más derecho que él a vivir opíparamente de sus rentas. Y además, era con el dinero que le había robado con lo que jugaba al señor ahora. En cuanto empezaba con este tema, todo su ser se ponía rabioso; chismorreaba durante horas, repitiendo sus viejas acusaciones hasta la saciedad, sin cansarse de decir: «Si mi hermano estuviera donde debía estar, sería yo quien a estas horas tendría rentas. Y cuando le preguntaban dónde debería estar su hermano, respondía: «¡En presidio!».

Su odio aumentó aún más cuando los Rougon agruparon a los conservadores en torno a sí, y adquirieron, en Plassans, cierta influencia. El famoso salón amarillo se convirtió, en sus necias charlatanerías de café, en una cueva de bandidos, una reunión de criminales que juraban cada noche sobre sus puñales degollar al pueblo. Para excitar contra Pierre a los hambrientos, hasta llegó a propagar el rumor de que el ex comerciante de aceite no era tan pobre como decía, y que ocultaba sus tesoros por avaricia y por miedo a los ladrones. Su táctica tendió así a amotinar a los pobres, contándoles historias extravagantes, en las que a menudo acababa creyendo él mismo. Ocultaba bastante mal sus rencores personales y sus deseos de venganza bajo el velo del más puro patriotismo; pero se crecía tanto, tenía una voz tan tonante, que nadie se habría atrevido a dudar de sus convicciones. En el fondo, todos los miembros de esta familia tenían la misma furia de apetitos brutales. Félicité, que comprendía que las opiniones exaltadas de Macquart no eran sino ira contenida y celos avinagrados, habría deseado ardientemente comprarlo para hacerle callar. Por desgracia carecía de dinero, y no se atrevía a implicarlo en la peligrosa partida que jugaba su marido. Antoine les causaba mucho daño entre los rentistas de la ciudad nueva. Bastaba con que fuera pariente suyo. Granoux y Roudier les reprochaban, con continuos desprecios, tener semejante hombre en su familia. Por ello Félicité se preguntaba con angustia cómo lograrían limpiarse esa mancha. Le parecía monstruoso e indecente que, más adelante, el señor Rougon tuviera un hermano cuya mujer vendía castañas, y que vivía él mismo en una ociosidad crapulosa. Acabó temblando por el éxito de sus secretos manejos, que Antoine comprometía como por capricho; cuando le referían las diatribas que aquel hombre declamaba en público contra el salón amarillo, se estremecía pensando que era capaz de ensañarse y de matar sus esperanzas mediante el escándalo. Antoine percibía hasta qué punto debía de consternar a los Rougon su actitud, y era únicamente para acabar con su paciencia por lo que afectaba, de día en día, convicciones más salvajes. En el café, llamaba a Pierre «mi hermano» con una voz que hacía volverse a todos los consumidores; en la calle, si llegaba a encontrarse con algún reaccionario del salón amarillo, murmuraba sordos insultos que el digno burgués, confundido ante tamaña audacia, repetía por la tarde a los Rougon, con lo que parecía que los hacía responsables del mal encuentro que había tenido. Un día, Granoux llegó furioso. «Realmente -gritó ya en el umbral de la puerta-, es intolerable; lo insultan a uno a cada paso. -Y dirigiéndose a Pierre-: Caballero, cuando alguien tiene un hermano como el suyo, libra de él a la sociedad. Venía yo tranquilamente por la plaza de la Subprefectura, cuando ese miserable, al pasar a mi lado, murmuró ciertas palabras entre las cuales distinguí perfectamente la frase de viejo

tunante. Felicité palideció y se creyó en el deber de presentar sus excusas a Granoux; pero el hombrecillo no quería oír nada, hablaba de volverse a su casa. El marqués se apresuró a arreglar las cosas. -Es muy raro -dijo- que ese desgraciado le haya llamado viejo tunante; ¿está seguro de que el insulto se dirigía a usted? Granoux se quedó perplejo; acabó conviniendo en que Antoine había podido muy bien murmurar: «Vas de nuevo a casa de ese viejo tunante». El señor de Carnavant se acarició el mentón para ocultar la sonrisa que a su pesar le asomaba a los labios. Rougon dijo entonces con la mayor sangre fría: -Ya me parecía a mí, soy yo quien debe de ser el viejo tunante. Estoy encantado de que el malentendido se haya aclarado. Por favor, señores, eviten a ese hombre del que acabamos de hablar, de quien yo reniego formalmente. Pero Felicité no se tomaba las cosas tan fríamente, y se ponía enferma a cada escándalo de Macquart; durante noches enteras se preguntaba qué irían a pensar aquellos señores. Unos meses antes del golpe de Estado, los Rougon recibieron una carta anónima, tres páginas de innobles insultos, entre los cuales se les amenazaba con publicar en un periódico, si su partido triunfaba alguna vez, la escandalosa historia de los viejos amores de Adélaïde y del robo del que Pierre era culpable, al obligar a firmar un recibo de cincuenta mil francos a su madre, idiotizada por el libertinaje. Esta carta fue un mazazo para el propio Rougon. Felicité no pudo dejar de reprocharle a su marido su vergonzosa y sucia familia, pues los esposos no dudaron ni por un instante de que la carta fuese obra de Antoine. -Habrá que desembarazarse a toda costa de ese canalla -dijo Pierre con aire sombrío-. Resulta demasiado molesto. Mientras tanto Macquart, reanudando su vieja táctica, buscaba cómplices contra los Rougon en la propia familia. Al principio había contado con Aristide, al leer sus terribles artículos de El Independiente. Pero el joven, aunque cegado por su rabia celosa, no era lo bastante tonto para hacer causa común con un hombre como su tío. Ni siquiera se tomó el trabajo de tratarlo con tino y lo mantuvo siempre a distancia, lo cual hizo que Antoine lo calificara de sospechoso; en los cafetines donde reinaba este último, se llegó a decir que el periodista era un agente provocador. Derrotado por ese lado, a Macquart sólo le quedaba sondear a los hijos de su hermana Úrsule. Úrsule había muerto en 1839, realizando así la siniestra profecía de su hermano. Las neurosis de su madre se habían mudado en ella en una tisis lenta que poco a poco la consumió. Dejaba tres hijos: una muchacha de dieciocho años, Helène, casada con un empleado, y dos chicos, el mayor, François, un joven de veintitrés años, y el último en nacer, una pobre criatura de apenas seis años que se llamaba Silvère. La muerte de su mujer, a la que adoraba, fue para Mouret como un rayo. Se arrastró durante un año, sin ocuparse de sus asuntos, perdiendo el dinero que había atesorado. Después, una mañana, le encontraron ahorcado en un tocador donde estaban aún colgados los trajes de Úrsule. Su hijo mayor, a quien había podido dar una buena educación comercial, entró de dependiente en casa de su tío Rougon, donde sustituyó a Aristide, que acababa de marcharse. Rougon, a pesar de su profundo odio a los Macquart acogió de muy buena gana a su sobrino, a quien sabía laborioso y sobrio. Necesitaba a un muchacho abnegado que lo ayudase a levantar el negocio. Además, en la época de prosperidad de los Mouret, había sentido gran estimación por aquella pareja que ganaba dinero, y de resultados de eso se había reconciliado con su hermana. Quizá también quería, al aceptar a François como empleado, ofrecerle una compensación; había despojado a la madre, y se libraba de remordimientos dándole trabajo al hijo; los bribones tienen estos cálculos de honradez. Fue un buen negocio. Encontró en su sobrino la ayuda que buscaba. Si en esa época, la casa Rougon no hizo fortuna, no se pudo acusar de ello a aquel chico pacífico y meticuloso, que parecía nacido para pasarse la vida tras un mostrador de tendero, entre una jarra de aceite y un fardo de bacalao seco. Aunque tuviera un gran parecido físico con su madre, salía a su padre en el cerebro estrecho y justo, amante por instinto de la vida ordenada, de los cálculos seguros del pequeño comercio. Tres meses después de que entrara en la casa, Pierre, continuando con su sistema de compensación, le entregó en matrimonio a Marthe, su hija pequeña, de la que no sabía cómo desembarazarse. Los dos jóvenes se habían enamorado de repente, en unos cuantos días. Una circunstancia singular había determinado y acrecentado su cariño, sin duda: se parecían asombrosamente, con un parecido estrecho de hermano y hermana. François, por Úrsule, tenía el rostro de Adélaïde, la abuela. El caso de Marthe era más curioso, era igualmente el vivo retrato de Adélaïde, aunque Pierre Rougon no tuviera el menor rasgo de su madre claramente acusado; el parecido físico había saltado aquí por encima de Pierre, para reaparecer en su hija, con más energía. Por lo demás, la fraternidad de los jóvenes esposos se limitaba al rostro. Si se encontraba en François al digno hijo del sombrerero Mouret, formal y de sangre un poco pesada, Marthe tenía la turbación, el desequilibrio interno de su abuela, de la cual era a distancia la extraña y exacta reproducción. Quizá fue a la vez su parecido físico y su semejanza moral lo que los echó uno en brazos del otro. De 1840 a 1844, tuvieron tres hijos. François se quedó con su tío hasta que éste se retiró. Pierre quería cederle el establecimiento, pero el joven sabía a qué atenerse sobre las posibilidades de fortuna que el comercio presentaba en Plassans; lo rechazó y fue a establecerse en Marsella, con sus escasos ahorros. Macquart tuvo que renunciar pronto a arrastrar en su campaña contra los Rougon a este robusto mozo laborioso, a quien motejaba de avaro y taimado, por un rencor de holgazán. Pero creyó descubrir el cómplice que

buscaba en el segundo hijo de Mouret, Silvère, un niño de quince años. Cuando encontraron a Mouret ahorcado entre las faldas de su mujer, el pequeño Silvère ni siquiera iba a la escuela. Su hermano mayor, sin saber qué hacer con la pobre criatura, se la llevó consigo a casa de su tío. Este torció el gesto al ver llegar al niño; no pretendía llevar sus compensaciones hasta alimentar una boca inútil. Silvère, a quien también Félicité cogió tirria, crecía entre lágrimas, como un pobrecito abandonado, cuando su abuela, en una de las raras visitas que hacía a los Rougon, se apiadó de él y pidió llevárselo. Pierre estuvo encantado; dejó marchar al niño, sin hablar siquiera de aumentar la enteca pensión que le pasaba a Adelaïde y que ahora tendría que bastar para dos. Adelaïde contaba entonces cerca de setenta y cinco años. Envejecida en una existencia monacal, ya no era la flaca y ardiente muchacha que corría a arrojarle al cuello del cazador furtivo. Se había envarado y petrificado en el fondo de su casucha del callejón de San Mittre, aquel agujero silencioso y tétrico donde vivía completamente sola, y del que no salía más que una vez al mes, alimentándose de patatas y de legumbres. Recordaba, al verla pasar, a una de esas ancianas religiosas, de blancura muelle, de andares automáticos, a quienes el claustro ha desinteresado de este mundo. Su cara descolorida, siempre correctamente enmarcada por una cofia blanca, era como una cara de moribunda, una máscara vaga, apaciguada, de suprema indiferencia. El hábito de un prolongado silencio la había vuelto muda; la oscuridad de su vivienda, la vista continua de los mismos objetos, habían apagado sus miradas y dado a sus ojos una limpidez de agua de manantial. Era un renunciamiento absoluto, una lenta muerte física y moral, lo que había convertido poco a poco a la desequilibrada amante en una grave matrona. Cuando sus ojos se clavaban, maquinalmente, mirando sin ver, se percibía por aquellos agujeros claros y hondos un gran vacío interior. De sus antiguos ardores voluptuosos sólo quedaba un ablandamiento de las carnes, un temblor senil de las manos. Había amado con brutalidad de loba, y de su pobre ser desgastado, bastante descompuesto ya para el ataúd, sólo se exhalaba el insulso aroma de una hoja seca. Extraño laboreo de los nervios, de los ásperos deseos que se habían roído a sí mismos, en una imperiosa e involuntaria castidad. Sus necesidades de amor, tras la muerte de Macquart, aquel hombre necesario para su vida, habían ardido en ella devorándola como a una muchacha enclaustrada, sin que pensara ni un instante en satisfacerlas. Acaso una vida de vergüenza la habría dejado menos cansada, menos embrutecida, que aquella insatisfacción que terminaba de contentarse con estragos lentos y secretos, que modificaban su organismo. A veces todavía, por aquella muerta, por aquella anciana descolorida que no parecía tener ya una gota de sangre, pasaban crisis nerviosas, como corrientes eléctricas que la galvanizaban y le devolvían durante una hora una vida de atroz intensidad. Se quedaba en la cama, rígida, con los ojos abiertos; después le entraban hipos y se debatía; tenía la fuerza horrorosa de esas locas histéricas a las que hay que atar para que no se rompan la cabeza contra la pared. Esta vuelta a sus viejos ardores, estos bruscos ataques, sacudían de forma lastimosa su pobre cuerpo dolorido. Era como toda su juventud de cálida pasión que estallaba vergonzosamente en sus frialdades de sexagenaria. Cuando se levantaba, atontada, se tambaleaba, y reaparecía tan pasmada que las comadres del arrabal decían: « ¡Ha bebido, la vieja loca! ». La sonrisa infantil del pequeño Silvère fue para ella un último y pálido rayo que devolvió cierto calor a sus miembros helados. Había pedido al niño, harta de soledad, aterrada por la idea de morir sola, en una crisis. Aquel crío que giraba a su alrededor la tranquilizaba sobre la muerte. Sin salir de su mutismo, sin agilizar sus movimientos automáticos, le cogió un cariño inefable. Tiesa, muda, lo miraba jugar durante horas, escuchando arrobada el alboroto intolerable con que llenaba la vieja casucha. Esa tumba vibraba de ruidos desde que Silvère la recorría a horcajadas sobre el mango de una escoba, golpeándose contra las puertas, llorando y gritando. Él devolvía a Adelaïde a esta tierra; se ocupaba de él con torpezas adorables; ella, que en su juventud se había olvidado de ser madre para ser amante, experimentaba la voluptuosidad divina de una parturienta al lavarlo, vestirlo, velar sin cesar por su frágil existencia. Fue un despertar de amor, una última pasión dulcificada que el cielo concedía a aquella mujer totalmente devastada por la necesidad de amar. Conmovedora agonía de aquel corazón que había vivido con los deseos más ásperos y que se moría con el afecto de un niño. Estaba ya demasiado muerta para tener las efusiones parteras de las abuelas buenas y gruesas; adoraba al huérfano secretamente, con pudores de jovencita, sin poder encontrar caricias. A veces se lo sentaba en las rodillas, lo miraba largamente con sus ojos pálidos. Cuando el crío, asustado por aquel rostro blanco y mudo, se ponía a sollozar, ella parecía confusa por lo que acababa de hacer y lo dejaba en seguida en el suelo sin besarlo. Quizá le encontraba un lejano parecido con el cazador furtivo. Silvère creció en un continuo cara a cara con Adelaïde. Por una zalamería de niño, la llamaba tía Dide, nombre que acabó por quedarle a la anciana. El nombre de tía, así empleado, es en Provenza una simple caricia. El niño sintió por su abuela una singular ternura mezclada con un respetuoso terror. Cuando era muy pequeño y ella tenía una crisis nerviosa, escapaba llorando, espantado por la descomposición de su rostro; después regresaba tímidamente tras el ataque, dispuesto a escapar de nuevo, como si la pobre vieja hubiera sido capaz de pegarle. Más adelante, a los doce años, se quedaba valientemente, cuidando de que no se hiciera daño al caer de la cama. Estaba horas estrechándola entre sus brazos para dominar las bruscas

sacudidas que retorcián sus miembros. En los intervalos de calma, miraba con gran piedad su cara convulsionada, su cuerpo enflaquecido, al que se le pegaban las sayas, semejantes a un sudario. Estos dramas secretos, que se repetían cada mes, esa anciana rígida como un cadáver y ese niño inclinado sobre ella, espionando en silencio el regreso de la vida, adquirían, en las sombras de la casucha, un extraño carácter de lúgubre espanto y de bondad afligida. Cuando tía Dide volvía en sí, se levantaba penosamente, se acomodaba las sayas, volvía a atender la casa, sin interrogar siquiera a Silvère; ella no se acordaba de nada y el niño, por un instinto de prudencia, evitaba hacer la menor alusión a la escena que acababa de producirse. Fueron sobre todo esas crisis renacientes las que ligaron profundamente al nieto con su abuela. Pero, al igual que ella lo adoraba sin efusiones parteras, él sintió por ella un afecto oculto y como avergonzado. En el fondo, aunque le estaba agradecido por haberlo recogido y criado, seguía viendo en ella una criatura extraordinaria, presa de males desconocidos, a quien había que compadecer y respetar. Sin duda ya no había bastante humanidad en Adélaïde porque era demasiado blanca y demasiado rígida para que Silvère se atreviese a colgarse de su cuello. Vivieron así en un silencio triste, en el fondo del cual oían el temblor de una infinita ternura. Ese aire grave y melancólico que respiró desde su infancia dio a Silvère un alma fuerte, donde se acumularon todos los entusiasmos. Fue desde muy pronto un hombrecito serio, reflexivo, que buscó la instrucción con una especie de tozudez. Aprendió sólo un poco de ortografía y de aritmética en la escuela de los frailes, que las necesidades del aprendizaje le obligaron a dejar a los doce años. Los primeros rudimentos le faltaron siempre. Pero leyó todos los volúmenes descabalados que cayeron en sus manos, y se compuso así un extraño bagaje; tenía datos sobre multitud de cosas, datos incompletos, mal digeridos, que no logró nunca clasificar claramente en su cabeza. De pequeñito, había ido a jugar a casa de un maestro carretero, un buen hombre llamado Vian, cuyo taller se encontraba al comienzo del callejón, frente al ejido de San Mitre, donde el carretero depositaba su madera. Montaba sobre las ruedas de las carretas en reparación, se divertía arrastrando las pesadas herramientas que sus manecitas apenas podían levantar; una de sus grandes alegrías era ayudar a los operarios, sosteniendo alguna pieza de madera o llevándoles los herrajes que necesitaban. Cuando creció, entró naturalmente de aprendiz de Vian, que le había cogido cariño a aquel galopín a quien encontraba sin cesar entre sus piernas, y que se lo pidió a Adélaïde sin querer aceptar la menor pensión. Silvère aceptó con apresuramiento, viendo llegado el momento en que devolvería a la pobre tía Dide lo que había gastado por él. En poco tiempo se convirtió en un excelente operario. Pero tenía ambiciones más altas. Habiendo visto, en un carretero de Plassans, una hermosa calesa nueva, reluciente de barnices, se había dicho que él construiría un día coches parecidos. Esa calesa perduró en su cabeza como un objeto de arte raro y único, como un ideal hacia el cual tendieron sus aspiraciones de obrero. Las carretas en las que trabajaba en casa de Vian, esas carretas que había cuidado amorosamente, le parecían ahora indignas de sus ternuras. Empezó a frecuentar la escuela de dibujo, donde intimó con un joven escapado del colegio que le prestó su viejo tratado de geometría. Se sumió en el estudio, sin guía, pasó semanas rompiéndose la cabeza para entender las cosas más simples del mundo. Se convirtió así en uno de esos obreros sabios que apenas saben firmar y que hablan del álgebra como de una vieja conocida. Nada desequilibra tanto un espíritu como semejante instrucción, hecha sin orden ni concierto, sin descansar sobre una base sólida. Con harta frecuencia esas migajas de saber dan una idea completamente falsa de las verdades elevadas, y vuelven a los pobres de espíritu de un talante insoportable, estúpido. En Silvère, las briznas de ciencia robada no hicieron sino acrecentar las exaltaciones generosas. Tuvo conciencia de los horizontes que seguían cerrados para él. Se hizo una idea santa de las cosas a las que no llegaba a tocar con la mano, y vivió en una profunda e inocente religión de los grandes pensamientos y de las grandes palabras hacia los que ascendía, aunque no siempre comprendía. Fue un ingenuo, un ingenuo sublime, que se había quedado en el umbral del templo, arrodillado ante unos cirios que de lejos tornaba por estrellas. La casucha del callejón de San Mitre se componía ante todo de una gran sala a la que daba directamente la puerta de la calle; esta sala, cuyo suelo estaba enlosado, y que servía a la vez de cocina y de comedor, tenía como únicos muebles unas sillas de enea, un tablero montado sobre caballetes, y un viejo arcón que Adélaïde había transformado en sofá, extendiendo sobre la tapa un jirón de tela de lana; en una rinconada, a la izquierda de una vasta chimenea, se encontraba una Virgen de escayola, rodeada por flores artificiales, la madrecita tradicional de las viejas provenzales, por poco devotas que sean. Un pasillo llevaba de la sala al pequeño patio, situado detrás de la casa, y en el cual se encontraba un pozo. A la izquierda del pasillo estaba la habitación de tía Dide, una estrecha pieza amueblada con una cama de hierro y una silla; a la derecha, en una pieza más estrecha aún, donde quedaba el sitio justo para un catre de tijera, dormía Silvère, que había tenido que idear todo un sistema de tablas, que subían hasta el techo, para guardar cerca de sí sus queridos volúmenes descabalados, comprados céntimo a céntimo en la tienda de un preñero de la vecindad. Por la noche, cuando leía, colgaba su lámpara de un clavo, a la cabecera de su cama. Si a su abuela le entraba una crisis, sólo tenía, al primer estertor, que dar un salto para estar junto a ella. La vida del joven siguió siendo la del niño. En aquel rincón perdido hizo caber

toda su existencia. Experimentaba la repugnancia de su padre por las tabernas y los callejeos del domingo. Sus compañeros herían su delicadeza con sus alegrías brutales. Prefería leer, romperse la cabeza con cualquier problema sencillísimo de geometría. Desde que tía Dide le encargaba los pequeños recados de la casa, ella no salía, vivía incluso ajena a su familia. A veces, el joven pensaba en este abandono; miraba a la pobre vieja que vivía a dos pasos de sus hijos, y a quien éstos trataban de olvidar, como si estuviera muerta; entonces la amaba aún más, la amaba por él y por los otros. Si tenía, a veces, una vaga conciencia de que tía Dide expiaba antiguas faltas, pensaba: «Yo he nacido para perdonarla». En semejante espíritu, ardiente y contenido, las ideas republicanas se exaltaron con naturalidad. Silvère, de noche, en el fondo de su cuchitril, leía y releía un volumen de Rousseau, que había descubierto en casa del prendero vecino, entre viejas cerraduras. Esa lectura lo tenía despierto hasta la madrugada. En el sueño caro para los desdichados de la felicidad universal, las palabras de libertad, de igualdad, de fraternidad, sonaban en sus oídos con ese ruido sonoro y sagrado de las campanas que hace caer de rodillas a los fieles. Por eso, cuando se enteró de que en Francia acababa de ser proclamada la República, creyó que todo el mundo iba a vivir con celestial beatitud. Su instrucción a medias le permitía ver más lejos que los otros obreros, sus aspiraciones no se detenían en el pan de cada día; pero su profunda ingenuidad, su total desconocimiento de los hombres, lo mantenían en pleno sueño teórico, en medio de un Edén donde reinaba la eterna justicia. Su paraíso fue durante mucho tiempo un lugar de delicias, en el cual se ensimismó. Cuando creyó percibir que no todo iba bien en la mejor de las repúblicas, experimentó un inmenso dolor; tuvo otro sueño, el de obligar a los hombres a ser dichosos, incluso a la fuerza. Cada acto que le parecía lesionar los intereses del pueblo suscitaba en él una indignación vengadora. De una dulzura de niño, tuvo odios políticos feroces. Él, que no hubiera aplastado a una mosca, hablaba a todas horas de tomar las armas. La libertad fue su pasión, una pasión irracional, absoluta, en la cual puso todas las fiebres de su sangre. Ciego de entusiasmo, a la vez demasiado ignorante y demasiado instruido para ser tolerante, no quiso contar con los hombres; necesitaba un gobierno ideal de entera justicia y entera libertad. Fue en esa época cuando su tío Macquart pensó en lanzarlo sobre los Rougon. Se decía que aquel joven loco haría una terrible tarea, si conseguía exasperarlo convenientemente. Este cálculo no carecía de cierta finura. Antoine trató, pues, de atraer a Silvère a su casa, exhibiendo una admiración inmoderada por las ideas del joven. Desde el principio, estuvo a punto de comprometerlo todo: tenía una forma interesada de considerar el triunfo de la República, como una era de dichosa holgazanería y de comilonas sin fin, que hirió las aspiraciones puramente morales de su sobrino. Comprendió que iba por mal camino, y se lanzó a un énfasis extraño, a una retahíla de palabras huecas y sonoras, que Silvère aceptó como prueba suficiente de civismo. Pronto tío y sobrino se vieron dos y tres veces por semana. En el curso de sus largas discusiones, en las que se decidía rotundamente la suerte del país, Antoine intentó convencer al joven de que el salón de los Rougon era el principal obstáculo para la felicidad de Francia. Pero, de nuevo, se metió por mal camino al llamar a su madre «vieja tunanta» delante de Silvère. Llegó hasta a contarle los antiguos escándalos de la pobre anciana. El joven, rojo de vergüenza, le escuchó sin interrumpirlo. No le preguntaba esas cosas. Quedó consternado por semejante confianza, que lo hería en su respetuosa ternura por tía Dide. A partir de ese día, rodeó a su abuela de más atenciones, tuvo para ella bondadosas sonrisas y bondadosas miradas de perdón. Por otra parte, Macquart se había dado cuenta de que había cometido una tontería, y se esforzaba por utilizar el cariño de Silvère acusando a los Rougon del aislamiento y de la pobreza de Adélaïde. Para quien lo oyera, él había sido siempre el mejor de los hijos, pero su hermano se había portado de forma innoble, había despojado a su madre, y hoy, cuando no tenía un céntimo, se avergonzaba de ella. Tenían, sobre este tema, charlas sin fin. Silvère se indignaba con el tío Pierre, con gran contento del tío Antoine. A cada visita del joven se reproducían las mismas escenas. Llegaba, por la noche, durante la cena de la familia Macquart. El padre engullía un guiso de patatas refunfuñando. Escogía los trozos de tocino, y seguía con los ojos la fuente, cuando ésta pasaba a las manos de Jean y de Gervaise. -Ya ves, Silvère -decía con una rabia sorda que ocultaba mal bajo un aire de indiferencia irónica-, otra vez patatas, ¡siempre patatas! No comemos más que eso. La carne es para los ricos. No hay dinero que llegue, con hijos que tienen un apetito de todos los diablos. Gervaise y Jean bajaban la nariz sobre su plato, sin atreverse ya a cortarse pan. Silvère, que vivía en el cielo de su sueño, no se daba cuenta para nada de la situación. Pronunciaba con voz tranquila estas palabras preñadas de tormenta: -Pero, tío, debería usted trabajar. -¡Ah, sí! -reía burlón Macquart, tocado en lo más vivo-, quieres que trabaje, ¿no?, para que esos bribones ricos especulen aún más conmigo. Ganaría a lo mejor un franco para arruinarme la salud. ¡Pues sí que vale la pena! -Uno gana lo que puede -respondía el joven-. Un franco es un franco, y eso ayuda en una casa... Además, usted es un ex soldado, ¿por qué no busca un empleo? Fine intervenía entonces, con un aturdimiento del que se arrepentía pronto. -Es lo que le repito todos los días -decía-. Por ejemplo, el inspector del mercado necesita un ayudante; yo le he hablado de mi marido, parece bien dispuesto hacia nosotros... Macquart la interrumpía fulminándola con una mirada. -¡Eh!, cállate -rezongaba con cólera contenida-. ¡Estas

mujeres no saben lo que dicen! No me querrían. Conocen demasiado bien mis opiniones. A cada puesto que le ofrecían, caía así en una irritación profunda. No cesaba, no obstante, de pedir empleos, sin perjuicio de rechazar los que le encontraban, alegando las más singulares razones. Cuando le pinchaban sobre este punto, se volvía terrible. Si Jean, después de cenar, cogía un periódico: -Mejor harías en irte a acostar. Mañana te levantarás tarde, y de nuevo un jornal perdido... ¡Y decir que este galopín ha traído ocho francos menos la semana pasada! Pero le he rogado a su patrón que no le vuelva a entregar su dinero. Lo cobraré yo mismo. Jean iba a acostarse, por no oír las recriminaciones de su padre. Simpatizaba poco con Silvère; la política le aburría, y opinaba que su primo estaba «chiflado». Cuando sólo quedaban las mujeres, si por desgracia hablaban en voz alta, después de haber recogido la mesa: -Ah, ¡holgazanas! -gritaba Macquart-. ¿Es que no hay nada que zurcir aquí? Andamos todos con andrajos... Oye, Gervaise, he pasado por casa de tu ama, y me he enterado de buenas. Eres un pendón y una inútil. Gervaise, muchacha de veinte años corridos, se ruborizaba al verse así regañada delante de Silvère. Éste, frente a ella, experimentaba cierto malestar. Una noche que había llegado tarde, durante una ausencia de su tío, se había encontrado a madre e hija borrachas perdidas ante una botella vacía. Desde ese momento, no podía ver a su prima sin acordarse del vergonzoso espectáculo de aquella niña, soltando risotadas, con una risa gruesa, con anchas placas rojas en su pobre carita palidecida. Estaba intimidado también por las feas historias que corrían a cuenta de ella. Crecido en una castidad de cenobita, la miraba a veces a hurtadillas, con el asombro temeroso de un colegial frente a una muchacha. Cuando las dos mujeres habían cogido una aguja y se destrozaban los ojos zurciéndole sus viejas camisas, Macquart, sentado en la mejor silla, se retrepaba voluptuosamente, bebiendo a sorbitos y fumando, como quien saborea su holgazanería. Era la hora en que el viejo tunante acusaba a los ricos de chupar el sudor del pueblo. Tenía arrebatos soberbios contra aquellos señores de la ciudad nueva, que vivían en la holganza y se hacían mantener por la pobre gente. Los jirones de ideas comunistas que había cogido por la mañana en los periódicos se volvían grotescos y monstruosos al pasar por su boca. Hablaba de una época cercana en la que nadie estaría obligado a trabajar. Pero reservaba para los Rougon sus odios más ferozes. No lograba digerir las patatas que había comido. - He visto -decía- a esa sinvergüenza de Felicité comprando esta mañana un pollo en el mercado... ¡Comen pollo, esos ladrones de herencias! -Tía Dide -respondía Silvère- dice que mi tío Pierre fue bueno con usted, a su regreso del servicio. ¿No gastó una buena suma en vestirlo y alojarlo? - ¡Una buena suma! -chillaba Macquart exasperado-. ¡Tu abuela está loca!... Son esos bandidos quienes divulgaron esos rumores, para cerrarme la boca. No recibí nada. Fine intervenía de nuevo torpemente, recordándole a su marido que le habían dado doscientos francos, más un traje completo, y un año de alquiler. Antoine le gritaba que callase, y continuaba con furia creciente: - ¡Doscientos francos! ¡Qué gran negocio! Lo que quiero es lo que me deben, diez mil francos. ¡Ah, sí!, hablemos del tugurio al que me arrojaron como a un perro, y de la levita vieja que Pierre me dio, porque ya no se atrevía a ponérsela, ¡de agujereada y sucia que estaba! -Mentía, pero nadie, ante su cólera, protestaba ya. Después, volviéndose hacia Silvère: ¡Aún eres muy ingenuo, tú, al defenderlos! -agregaba-. Despojaron a tu madre, y la buena mujer no habría muerto, de haber tenido con qué cuidarse. -No, no es usted justo, tío -decía el joven-, mi madre no murió por falta de cuidados, y yo sé que mi padre no hubiera aceptado un céntimo de la familia de su mujer. - ¡Bah!, ¡déjame en paz! Tu padre habría cogido el dinero como cualquier otro. Fuimos indignamente desvalijados, y debemos recuperar lo nuestro. -Y Macquart volvía por enésima vez a la historia de los cincuenta mil francos. Su sobrino, que se la sabía de memoria, adornada con todas las variantes con que la enriquecía, lo escuchaba con cierta impaciencia-. Si fueras un hombre -decía Antoine al acabar-, vendrías un día conmigo, y armaríamos un buen jaleo en casa de los Rougon. No saldríamos sin que nos hubieran dado el dinero. Pero Silvère se ponía serio y respondía con voz limpia: -Si esos miserables nos han despojado, ¡peor para ellos! No quiero su dinero. Mire, tío, no nos toca a nosotros perjudicar a nuestra familia. Han obrado mal, serán terriblemente castigados un día. - ¡Ah!, ¡qué inocencia la tuya! -gritaba el tío-. Cuando seamos los más fuertes, ya verás cómo yo mismo arreglo mis asuntos. ¡Pues sí que se ocupa de nosotros el buen Dios! ¡Qué familia más asquerosa, qué familia más asquerosa la nuestra! Ya puedo reventar de hambre, que ni uno solo de esos sinvergüenzas me arrojaría un mendrugo de pan. -Cuando Macquart empezaba con este tema, era inagotable. Mostraba al desnudo las sangrantes heridas de su envidia. Lo veía todo rojo en cuanto se ponía a pensar que era el único de la familia que no había tenido suerte, y que comía patatas cuando los otros tenían carne a discreción. Todos sus parientes, hasta sus sobrinos nietos, pasaban entonces por sus manos, y encontraba agravios y amenazas contra cada uno de ellos-. Sí, sí -repetía con amargura-, me dejarían reventar como un perro. Gervaise, sin alzar la cabeza, sin dejar de tirar de su aguja, decía a veces tímidamente: -Sin embargo, papá, mi primo Pascal ha sido bueno con nosotros, el año pasado, cuando estabas enfermo. -Te cuidó sin pedir nunca un céntimo -proseguía Fine, acudiendo en ayuda de su hija-, y a menudo me dio monedas de cinco francos para hacerte un caldo. - ¡Él! ¡Me habría hecho reventar, si no tuviera yo una buena constitución! -exclamaba Macquart-. ¡Callaos, idiotas! Os dejáis

liar como niñas. Todos querrían verme muerto. Cuando esté enfermo, por favor, no vayáis a buscar a mi sobrino, porque no estaría yo nada tranquilo sabiéndome en sus manos. Es un médico de pacotilla, no tiene una persona como es debido en su clientela. -Después, una vez lanzado, ya no se paraba-. ¡Es como esa víbora de Aristide! -decía-, es un hipócrita, un traidor. ¿Es que ni te vas a creer sus artículos de El Independiente, tú, Silvère? Serías tonto de capirote. Ni siquiera están escritos en francés. Siempre he dicho que ese republicano de contrabando se entendía con su digno padre para burlarse de nosotros. Ya verás cómo le da la vuelta a la chaqueta... Y su hermano, el ilustre Eugène, ¡ese gordo imbécil con el que los Rougon tanta lata dan! ¡Pues no tienen la frescura de pretender que disfruta en París de buena posición! La conozco, yo, su posición. Está empleado en la calle de Jerusalén, es un soplón... - ¿Quién se lo ha dicho? No sabe usted nada -interrumpía Silvère, cuyo espíritu recto acababa por verse herido por las mentirosas acusaciones de su tío. -¿Ah! ¡Conque no sé nada! ¿Tú crees? Te digo que es un soplón... Te dejarás esquilar como un cordero, con tu benevolencia. No eres un hombre. No quiero hablar mal de tu hermano François; pero, en tu lugar, me sentiría bien molesto por la manera roñosa con que se conduce contigo; gana un montón de dinero en Marsella, y no te mandará nunca ni una miserable moneda de veinte francos para tus pequeños gastos. Si un día caes en la miseria, no te aconsejo que te dirijas a él. -No necesito a nadie -respondía el joven con una voz orgullosa y ligeramente alterada-. Mi trabajo nos basta a mí y a tía Dide. Es usted cruel, tío. -Digo la verdad, eso es todo... Quisiera abrirte los ojos. Nuestra familia es una familia asquerosa; es triste, pero es así. Hasta el pequeño Máxime, el hijo de Aristide, ese mocoso de nueve años, me saca la lengua cuando me lo encuentro. Ese niño le pegará a su madre un día, y le estará bien empleado. Vamos, por mucho que digas, esa gente no se merece su suerte; pero así ocurre siempre en las familias: los buenos sufren y los malos hacen fortuna. Todos estos trapos sucios que Macquart lavaba con tanta complacencia delante de su sobrino asqueaban profundamente al joven. Habría querido volver a sus sueños. En cuanto daba signos demasiado vivos de impaciencia, Antoine recurría a medios decisivos para exasperarlo contra sus parientes. -¡Defiéndelos! ¡Defiéndelos! -decía, aparentando calmarse-. Yo, a fin de cuentas, me las he arreglado para no tener que ver con ellos. Lo que te digo lo hago por cariño a mi pobre madre, a quien toda esa camarilla trata de una forma verdaderamente repugnante. -¡Son unos miserables! -murmuraba Silvère. -¡Oh!, tú no sabes nada, no entiendes nada. No hay insultos con que los Rougon no cubran a la buena mujer. Aristide ha prohibido a su hijo que la salude. Félicité habla de meterla en un manicomio. El joven, blanco como el papel, interrumpía bruscamente a su tío. -¡Basta! -gritaba-, no quiero saber más. Todo eso tiene que acabar. -Me callo, ya que te contraría -proseguía el viejo tunante, haciéndose el bondadoso-. Sin embargo, hay cosas que no debes ignorar, a menos que quieras hacer el papel de imbécil. Macquart, al tiempo que se esforzaba por lanzar a Silvère contra los Rougon, saboreaba un gozo exquisito al ver asomar lágrimas de dolor a los ojos del joven. Lo detestaba quizá más que a los otros, porque era un excelente operario y no bebía jamás. Por eso aguzaba sus más rebuscadas crueldades para inventar mentiras atroces que herían al pobre chico en el corazón; disfrutaba entonces con su palidez, con el temblor de sus manos, con sus miradas afligidas, con la voluptuosidad de un espíritu maligno que calcula sus golpes y que ha alcanzado a su víctima en el sitio justo. Después, cuando creía haber herido y exasperado a Silvère suficientemente, abordaba por fin la política. -Me han asegurado -decía bajando la voz- que los Rougon preparan una mala jugada. -¿Una mala jugada? -interrogaba Silvère, atento de pronto. -Sí, van a coger, una de estas noches, a todos los buenos ciudadanos de la ciudad y a meterlos en la cárcel. El joven empezaba dudando. Pero su tío daba detalles concretos: hablaba de listas redactadas, nombraba a las personas que se encontraban en esas listas, indicaba de qué manera, a qué hora y en qué circunstancias se ejecutaría el complot. Poco a poco, Silvère se dejaba convencer por aquel cuento de vieja, y pronto desvariaba contra los enemigos de la República. - ¡A ellos -gritaba-, a ellos deberíamos reducir a la impotencia, si siguen traicionando al país! ¿Y qué piensan hacer con los ciudadanos que de tengan.? -¡Qué piensan hacer! -respondía Macquart con una risita seca-. Pues los fusilarán en las mazmorras de las cárceles. -Y como el joven, atónito de horror, lo miraba sin poder encontrar una palabra-. Y no serán los primeros en ser asesinados -continuaba-. No tienes más que ir a rondar por la noche, detrás del Palacio de Justicia, oírás disparos y gemidos. -¡Oh, qué infames! -murmuraba Silvère. Entonces, tío y sobrino se lanzaban a la alta política. Fine y Gervaise, al verlos enzarzados, se iban a acostar despacito, sin que ellos se dieran cuenta. Hasta medianoche, los dos hombres se quedaban así comentando las noticias de París, hablando de la lucha próxima e inevitable. Macquart despotricaba amargamente contra los nombres de su partido; Silvère soñaba en voz alta, y para sí solo, su sueño de libertad ideal. Extrañas conversaciones, durante las cuales el tío se servía un número incalculable de copas, y de las que el sobrino salía embriagado de entusiasmo. Antoine no pudo obtener nunca, empero, del joven republicano un cálculo pérfido, un plan de guerra contra los Rougon; por más que lo empujaba, sólo oía salir de su boca llamadas a la justicia eterna, que tarde o temprano castigaría a los malos. El generoso niño hablaba con fiebre de tomar las armas y matar a los enemigos de la República, sí; pero, en cuanto esos enemigos salían del sueño y se

personificaban en su tío Pierre o en cualquier otra persona conocida, contaba con el cielo para evitarle el horror de verter sangre. Es de creer que incluso habría dejado de tratar a Macquart, cuyos celosos furores le causaban una especie de malestar, si no hubiera saboreado el gozo de hablar libremente en su casa de su querida República. No obstante, su tío tuvo una influencia decisiva sobre su destino; le irritó los nervios con sus continuas diatribas, acabó por hacerle desear ansiosamente la lucha armada, la conquista violenta de la felicidad universal. Cuando Silvère alcanzó los dieciséis años, Macquart lo inició en la sociedad secreta de los Montañeses, asociación poderosa que cubría todo el sur. A partir de ese momento, el joven republicano se comió con los ojos la carabina del contrabandista, que Adélaïde había colgado en la campana de la chimenea. Una noche, mientras su abuela dormía, la limpió, la puso en condiciones. Después la volvió a dejar en su clavo y esperó. Se ilusionaba con su sueño de iluminado, edificaba epopeyas gigantescas, viendo en pleno ideal luchas homéricas, una especie de torneos caballerescos, de los que los defensores de la libertad salían vencedores y aclamados por el mundo entero. Macquart, pese a la inutilidad de sus esfuerzos, no se desalentó. Se dijo que se bastaría solo para estrangular a los Rougon, si alguna vez podía tenerlos arrinconados. Sus rabias de holgazán envidioso y hambriento se acrecentaron más, a raíz de sucesivos accidentes que lo obligaron a ponerse de nuevo al trabajo. Hacia los primeros días del año 1850, Fine murió casi de repente de una neumonía, cogida al ir a lavar una tarde la ropa de la familia al Viorme, y al traerla mojada sobre la espalda; había regresado empapada de agua y de sudor, aplastada bajo aquel fardo de enorme peso, y no se había vuelto a levantar. Esta muerte consternó a Macquart. Su renta más segura se le escapaba. Cuando vendió, al cabo de unos días, el caldero donde su mujer cocía sus castañas y el caballete que le servía para arreglar sus sillas viejas, acusó groseramente a Dios de haberle quitado a la difunta, aquella fuerte comadre que lo había avergonzado y cuyo mérito notaba en esa hora. Tuvo que aguantarse con las ganancias de sus hijos con redoblada avidez. Pero, un mes después, Gervaise, harta de sus continuas exigencias, se marchó con sus dos hijos y Lantier, cuya madre había muerto. Los amantes se refugiaron en París. Antoine, aterrado, se encolerizó innoblemente con su hija, deseándole que reventara en un hospital, como las de su especie. Este desbordamiento de insultos no mejoró su situación que, decididamente, se ponía fea. Jean siguió pronto el ejemplo de su hermana. Esperó a un día de paga y se las arregló para cobrar él mismo su dinero. Dijo al marcharse a uno de sus amigos, que se lo repitió a Antoine, que no quería alimentar más al holgazán de su padre, y que, si a éste se le ocurría hacer que los gendarmes se lo devolvieran, estaba decidido a no volver a tocar una sierra ni un cepillo. Al día siguiente, cuando Antoine lo hubo buscado inútilmente y se encontró solo, sin un céntimo, en la vivienda donde, durante veinte años, se había hecho mantener cómodamente, le entró una rabia atroz, daba patadas a los muebles, vociferaba las más monstruosas imprecaciones. Después se hundió, empezó a arrastrar los pies, a gemir como un convaleciente. El miedo a tener que ganarse el pan lo ponía enfermo de veras. Cuando Silvère fue a verlo, se quejó con lágrimas de la ingratitud de sus hijos. ¿No había sido siempre un buen padre? Jean y Gervaise eran unos monstruos que lo recompensaban muy mal por cuanto había hecho por ellos. Ahora lo abandonaban porque estaba viejo y ya no podían sacarle nada. -Pero, tío -dijo Silvère-, usted está aún en edad de trabajar. Macquart, tosiendo, encorvándose, movió lúgubrementemente la cabeza, como para decir que no resistiría mucho tiempo la menor fatiga. En el momento en que su sobrino iba a retirarse, le pidió prestados diez francos. Vivió un mes, llevando uno por uno a un prendero las prendas viejas de sus hijos, vendiendo igualmente poco a poco todos los objetos menudos de la casa. Pronto no tuvo sino una mesa, una silla, su cama y la ropa que llevaba. Acabó incluso por sustituir la cama de nogal por un simple catre de tijera. Cuando agotó todos los recursos, llorando de rabia, con la palidez salvaje de un hombre que se resigna al suicidio, fue a buscar el paquete de mimbre olvidado en un rincón desde hacía un cuarto de siglo. Al cogerlo, le pareció levantar una montaña. Y se puso de nuevo a trenzar cestas y canastas, acusando al género humano de su abandono. Fue entonces, sobre todo, cuando habló del reparto de los ricos. Se mostró terrible. Inflamaba con sus discursos el cafetín, donde sus miradas furibundas le aseguraban un crédito ilimitado. Además, sólo trabajaba cuando no había podido arrancarle una moneda de cinco francos a Silvère o a un compañero. Ya no fue el «señor» Macquart, ese obrero afeitado y endomingado todos los días, que jugaba al burgués; volvió a ser el pobre diablo sucio que había especulado en tiempos con sus andrajos. Ahora que aparecía en casi todos los mercados para vender sus cestas, Félicité ya no se atrevía a ir a la compra. Él le hizo una vez una escena atroz. Su odio a los Rougon crecía con su miseria. Juraba, profiriendo espantosas amenazas, que se tomaría la justicia por su mano, ya que los ricos se ponían de acuerdo para obligarlo a trabajar. En esta disposición de ánimo, acogió el golpe de Estado con la alegría entusiasta y ruidosa de un perro que olfatea el encarne. Los pocos liberales honorables de la ciudad no habían podido entenderse y se mantenían al margen, por lo que se encontró, naturalmente, como uno de los agentes de primer plano de la insurrección. Los obreros, pese a la opinión deplorable que habían acabado por hacerse de aquel perezoso, tenían que tomarlo en esa ocasión como bandera de enganche. Pero los primeros días, como la ciudad

seguía pacífica, Macquart creyó desbaratados sus planes. Sólo ante la noticia de la sublevación del campo volvió a concebir esperanzas. Por nada del mundo habría salido de Plassans; así que inventó un pretexto para no seguir a los obreros, que se fueron el domingo por la mañana a reunirse con la tropa insurrecta de La Palud y de Saint-Martin-de-Vaulx. La tarde de ese mismo día estaba con algunos fieles en un cafetín de mala muerte del barrio viejo, cuando un camarada acudió a avisarlos de que los insurgentes se encontraban a unos kilómetros de Plassans. Esta noticia acababa de ser traída por una estafeta que había conseguido penetrar en la ciudad, y que estaba encargada de conseguir que abriesen las puertas a la columna. Hubo una explosión de triunfo. Macquart, sobre todo, pareció delirante de entusiasmo. La imprevista llegada de los insurgentes le pareció una delicada atención de la providencia con él. Y sus manos temblaban ante la idea de que pronto tendría a los Rougon cogidos por el cuello. Mientras tanto, Antoine y sus amigos salieron a toda prisa del café. Todos los republicanos que aún no habían abandonado la ciudad se encontraron pronto reunidos en el paseo Sauvaire. Era ese el grupo que Rougon había visto al correr a esconderse en casa de su madre. Cuando el grupo hubo llegado a la altura de la calle de la Banne, Macquart, que se había puesto a la cola, dejó rezagados a cuatro de sus compañeros, buenos mozos de escaso cerebro a quienes dominaba con sus charlatanerías de café. Los convenció fácilmente de que había que detener de inmediato a los enemigos de la República si se querían evitar peores desgracias. La verdad era que temía que Pierre se le escapase, en medio de la perturbación que iba a causar la entrada de los insurgentes. Los cuatro mocetones lo siguieron con ejemplar docilidad y fueron a llamar violentamente a la puerta de los Rougon. En esta crítica circunstancia Felicité mostró un valor admirable. Bajó a abrir la puerta de la calle. -Queremos subir a tu casa -le dijo brutalmente Macquart. -Está bien, señores, suban -respondió ella con una cortesía irónica, fingiendo no reconocer a su cuñado. Arriba, Macquart le ordenó que fuese a buscar a su marido-. Mi marido no está aquí -dijo cada vez más tranquila-, está en viaje de negocios; cogió la diligencia de Marsella esta tarde a las seis. Antoine, ante esta declaración hecha con voz nítida, tuvo un gesto de rabia. Entró violentamente en el salón, pasó al dormitorio, revolvió la cama, miró detrás de las cortinas y debajo de los muebles. Los cuatro mocetones le ayudaban. Durante un cuarto de hora, registraron el piso. Felicité se había sentado apaciblemente en el sofá del salón y se ocupaba de atarse los cordones de sus faldas, como una persona que acaba de ser sorprendida en el sueño y que no ha tenido tiempo de vestirse decorosamente. -¡Pues es cierto, se ha escapado ese cobarde! -farfolló Macquart al volver al salón. No obstante, siguió mirando a su alrededor con aire desconfiado. Tenía el presentimiento de que Pierre no podía haber abandonado la partida en el momento decisivo. Se acercó a Felicité, que bostezaba. -Indícanos el lugar donde se ha escondido tu marido -le dijo-, y te prometo que no le haré ningún daño. -Les he dicho la verdad -respondió con impaciencia-. Y, por tanto, no puedo entregarles a mi marido, ya que no está aquí. Han mirado por todas partes, ¿no? Pues ahora déjenme tranquila. Macquart, exasperado por su sangre fría, iba a pegarle, seguramente, cuando un ruido sordo subió de la calle. Era la columna de los insurgentes que se adentraba por la calle de la Banne. Tuvo que abandonar el salón amarillo, tras haberle enseñado un puño a su cuñada, llamándola vieja sinvergüenza y amenazándola con regresar pronto. Al pie de la escalera, se llevó aparte a uno de los hombres que lo había acompañado, un cavador llamado Cassoute, el más basto de los cuatro, y le ordenó que se sentase en el primer peldaño y que no se moviese hasta nueva orden. -Vendrás a avisarme -le dijo-, si ves volver al canalla de arriba. El hombre se sentó con todo su peso. Cuando estuvo en la acera, Macquart, alzando los ojos, vio a Felicité acodada en una ventana del salón amarillo y mirando curiosamente el desfile de los insurgentes, como si se tratase de un regimiento que cruzase la ciudad, con la música al frente. Esta última prueba de total tranquilidad lo irritó hasta tal punto que estuvo tentado de volver a subir para tirar a la anciana a la calle. Siguió a la columna, murmurando con voz sorda: -Sí, sí, miranos pasar. Ya veremos si mañana te asomas al balcón. Eran casi las once de la noche cuando los insurrectos entraron en la ciudad, por la puerta de Roma. Fueron los obreros que se habían quedado en Plassans quienes les abrieron esa puerta de dos hojas, pese a los lamentos del guardián, al que le arrancaron las llaves a la fuerza. Aquel hombre, muy celoso de sus funciones, se quedó anonadado ante aquella oleada de muchedumbre; él, que no dejaba entrar más que a una persona a la vez, tras haberle mirado largamente la cara, murmuraba que estaba deshonorado. Al frente de la columna seguían marchando los hombres de Plassans, guiando a los demás; Miette, en primera fila, con Silvère a su izquierda, alzaba la bandera con mayor provocación desde que notaba, tras las persianas cerradas, las miradas despavoridas de los burgueses despertados con sobresalto. Los insurgentes seguían con prudente lentitud las calles de Roma y de la Banne; en cada cruce temían ser recibidos a tiros de fusil, aunque conocían la índole tranquila de los habitantes. Pero la ciudad parecía muerta; apenas se oían en las ventanas exclamaciones ahogadas. Solamente se abrieron cinco o seis persianas; algún viejo rentista aparecía, en camisón, con una vela en la mano, inclinándose para ver mejor; después, en cuanto el hombre distinguía a la chicarrona roja que parecía arrastrar tras sí aquella multitud de demonios negros, cerraba precipitadamente su ventana, aterrado por esa aparición diabólica. El silencio de la ciudad dormida

tranquilizó a los insurgentes, que se atrevieron a adentrarse por las callejas del barrio viejo, y que llegaron así a la plaza del Mercado y a la plaza del Ayuntamiento, que una calle corta y ancha unía entre sí. Las dos plazas, plantadas de árboles entecos, se hallaban vivamente iluminadas por la luna. El edificio del ayuntamiento, recién restaurado, formaba, en el borde del cielo claro, una gran mancha de cruda blanca sobre la cual el balcón del primer piso recortaba en delgadas líneas negras sus arabescos de hierro forjado. Se distinguían nítidamente varias personas de pie en ese balcón; el alcalde, el comandante Sicardot, tres o cuatro concejales, y otros funcionarios. Abajo, las puertas estaban cerradas. Los tres mil republicanos que llenaban las dos plazas se detuvieron, levantando la cabeza, dispuestos a derribar las puertas de un empujón. La llegada de la columna insurrecta a semejantes horas sorprendía a las autoridades de improviso. Antes de dirigirse a la alcaldía, el comandante Sicardot se había tomado el tiempo de ir a vestirse de uniforme. Hubo que correr en seguida a despertar al alcalde. Cuando el guarda de la puerta de Roma, a quien los insurgentes dejaron en libertad, acudió a anunciar que los criminales estaban en la ciudad, el comandante aún no había reunido a duras penas más que unos veinte guardias nacionales. Los gendarmes, cuyo cuartel estaba cercano, sin embargo, no pudieron ser avisados siquiera. Debieron de cerrar las puertas a toda prisa para deliberar. Cinco minutos después, un fragor sordo y continuo anunciaba la proximidad de la columna. El señor Garçonnet, por odio a la República, sentía grandes deseos de defenderse. Pero era un hombre prudente que comprendió la inutilidad de la lucha, no viendo a su alrededor sino unos cuantos hombres pálidos y apenas despiertos. La deliberación no fue larga. Sólo Sicardot se empeñó: quería batirse, pretendía que veinte hombres bastarían para hacer entrar en razón a aquellos tres mil canallas. El señor Garçonnet se encogió de hombros y declaró que el único partido era capitular de forma honorable. Como la algarabía de la multitud crecía, se dirigió al balcón, adonde lo siguieron todos los presentes. Poco a poco se hizo el silencio. Abajo, en la masa negra y estremecida de los insurgentes, los fusiles y las hoces relucían al claro de luna. -¿Quiénes sois y qué queréis? -gritó el alcalde con voz fuerte. Entonces un hombre con gabán, un terrateniente de La Palud, se adelantó: -Abran la puerta -dijo sin responder a las preguntas del señor Garçonnet-. Eviten una lucha fratricida. -Os ordeno que os retiréis -prosiguió el alcalde-. Protesto en nombre de la ley. Estas palabras levantaron en la multitud clamores ensordecedores. Cuando el tumulto se hubo calmado un poco, hasta el balcón ascendieron vehementes interpelaciones. Algunas voces gritaron: -¡En nombre de la ley hemos venido! -Su deber, como funcionario, es hacer respetar la ley fundamental del país, la Constitución, que acaba de ser ultrajantemente violada. -¡Viva la Constitución! ¡Viva la República! Y como el señor Garçonnet intentaba hacerse oír y seguía invocando su calidad de funcionario, el terrateniente de La Palud, que se había quedado debajo del balcón, le interrumpió con gran energía. -Usted ya no es -dijo- más que el funcionario de un funcionario depuesto; nosotros venimos a relevarle de sus funciones. Hasta entonces el comandante Sicardot se había mordido ferozmente los bigotes, mascando sordos insultos. La visión de los palos y de las hoces lo exasperaba; hacía esfuerzos inauditos por no tratar como se merecían a esos soldados de pacotilla que ni siquiera tenían cada cual su fusil. Pero, cuando oyó a un señor con un simple gabán hablar de relevar a un alcalde ceñido con su fajín, no pudo callar más, gritó: -¡Hato de bribones! ¡Si tuviera sólo cuatro hombres y un cabo bajaría a tirarlos de las orejas para enseñaros a ser respetuosos! No hacía falta tanto para ocasionar los más graves incidentes. Un largo grito corrió entre el gentío, que se abalanzó contra las puertas de la alcaldía. El señor Garçonnet, consternado, se apresuró a abandonar el balcón, suplicando a Sicardot que fuera razonable si no quería que los matasen. En dos minutos las puertas cedieron, el pueblo invadió la alcaldía y desarmó a los guardias nacionales. El alcalde y los demás funcionarios presentes quedaron arrestados. Sicardot, que quiso negarse a entregar su espada, tuvo que ser protegido por el jefe del contingente de Les Tulettes, hombre de gran sangre fría, contra la exasperación de ciertos insurrectos. Cuando el ayuntamiento estuvo en poder de los republicanos, condujeron a sus prisioneros a un pequeño café de la plaza del Mercado, donde quedaron bajo vigilancia. El ejército insurrecto habría evitado cruzar Plassans, de no haber considerado sus jefes que algo que comer y algunas horas de reposo eran absolutamente necesarios para sus hombres. En lugar de marchar directamente sobre la capital del departamento, la columna, por una inexperiencia y una debilidad inexcusables del improvisado general que la mandaba, efectuaba entonces una conversión a la izquierda, una especie de largo rodeo que iba a llevarla a la perdición. Se dirigía hacia las mesetas de Sainte-Roure, alejadas aún una decena de leguas, y era la perspectiva de esta larga marcha lo que la había decidido a penetrar en la ciudad, pese a lo avanzado de la hora. Podían ser entonces las once y media. Cuando el señor Garçonnet supo que la banda reclamaba víveres, se ofreció a procurárselos. Este funcionario demostró, en aquella circunstancia, una comprensión muy clara de la situación. Aquellos tres mil hambrientos debían verse satisfechos; era preciso que Plassans, al despertarse, no los encontrara aún sentados en las aceras de sus calles; si se marchaban antes de hacerse de día, se habrían limitado a pasar por el medio de una ciudad dormida como un mal sueño, como una de esas pesadillas que el alba disipa. Aunque seguía prisionero, el señor Garçonnet, seguido por dos guardianes, fue a llamar a las puertas de los panaderos y mandó

distribuir entre los insurgentes todas las provisiones que pudo descubrir. Hacia la una, los tres mil hombres, acucillados en el suelo, con sus armas entre las piernas, comían. La plaza del Mercado y la del Ayuntamiento se habían transformado en vastos refectorios. A pesar del intenso frío, corrían ráfagas de alegría entre aquella multitud hormigueante, cuyos mayores grupos se dibujaban a la intensa claridad de la luna. Los pobres hambrientos devoraban alegremente su parte, soplándose los dedos; y, del fondo de las calles vecinas, donde se distinguían vagas formas negras sentadas en el umbral blanco de las casas, llegaban también bruscas risas que fluían desde la sombra y se perdían en el barullo general. En las ventanas algunas curiosas envalentonadas, mujercitas tocadas con pañuelos, miraban comer a los terribles insurgentes, a los bebedores de sangre que iban por turno a beber de la bomba del mercado, en el hueco de la mano. Mientras el ayuntamiento era invadido, la gendarmería, situada a dos pasos, en la calle Canquoin, que da al mercado, caía igualmente en poder del pueblo. Los gendarmes fueron sorprendidos en la cama y desarmados en unos minutos. Los empujones de la muchedumbre habían arrastrado a Miette y Silvère hacia ese lado. La chica, que seguía apretando el asta de la bandera contra el pecho, se vio pegada al muro del cuartel, mientras que el joven, arrastrado por la oleada humana, penetraba en el interior y ayudaba a sus compañeros a arrancarles a los gendarmes las carabinas que habían agarrado a toda prisa. Silvère, feroz, embriagado por el impulso del grupo, atacó a un tío larguirucho, un gendarme llamado Rengade, con el cual luchó unos instantes. Consiguió arrebatarle su carabina con un movimiento brusco. El cañón del arma golpeó violentamente a Rengade en la cara y le reventó el ojo derecho. La sangre corrió, unas salpicaduras cayeron sobre las manos de Silvère, en quien se disipó la embriaguez de repente. Miró sus manos, soltó la carabina; después salió corriendo, perdida la cabeza, sacudiendo los dedos. - ¡Estás herido! - gritó Miette. - No, no - respondió con voz ahogada -, es que acabo de matar a un gendarme. - ¿Ha muerto? - No lo sé, tenía la cara llena de sangre. Ven, rápido. Arrastró a la jovencita. Llegado al mercado, la hizo sentarse en un banco de piedra. Le dijo que lo esperase allí. Seguía mirándose las manos, balbuceaba. Miette acabó por entender, por sus palabras entrecortadas, que quería ir a abrazar a su abuela antes de partir. - ¡Bueno, pues vete! - dijo -. No te preocupes por mí. Lávate las manos. Él se alejó rápidamente, con los dedos separados, sin pensar en bañarlos en las fuentes junto a las que pasaba. Desde que había sentido en su piel la tibieza de la sangre de Rengade, sólo lo empujaba una idea, correr junto a tía Dide y lavarse las manos en el pilón del pozo, al fondo del pequeño patio. Solamente allí creía poder borrar esa sangre. Toda su infancia pacífica y tierna se despertaba, experimentaba una necesidad irresistible de refugiarse entre las faldas de su abuela, aunque sólo fuera un minuto. Llegó jadeante. Tía Dide no estaba acostada, lo cual habría sorprendido a Silvère en cualquier otro momento. Pero ni siquiera vio, al entrar, a su tío Rougon, sentado en una esquina, sobre el viejo arcón. No esperó a las preguntas de la pobre vieja: - Abuela - dijo rápidamente -, tiene que perdonarme... Voy a marcharme con los otros... Ya ve usted, tengo sangre... Creo que he matado a un gendarme. - ¡Has matado a un gendarme! - repitió tía Dide con voz extraña. - Luces agudas se encendían en sus ojos clavados en las manchas rojas. Bruscamente, se volvió hacia la campana de la chimenea: - Has cogido el fusil - dijo -; ¿dónde está el fusil? - Silvère, que había dejado la carabina con Miette, le juró que el arma estaba segura. Por primera vez, Adélaïde aludió al contrabandista Macquart delante de su nieto. - ¿Volverás a traer el fusil? ¡Me lo prometes! - dijo con singular energía -. Es lo único que me queda de él... Tú has matado a un gendarme; a él, fueron los gendarmes los que lo mataron. Continuaba mirando fijamente a Silvère, con un aire de cruel satisfacción, sin parecer pensar en retenerlo. No le pidió ninguna explicación, no lloraba como esas buenas abuelas que ven a sus nietos en la agonía por el menor rasguño. Todo su ser tendía a un mismo pensamiento, que acabó formulando con ardiente curiosidad. - ¿Mataste al gendarme con el fusil? - preguntó. Sin duda Silvère entendió mal o no comprendió. - Sí - respondió -. Voy a lavarme las manos. Sólo al regresar del pozo se fijó en su tío. Pierre había oído palideciendo las palabras del joven. Realmente, Félicité tenía razón, a su familia le gustaba comprometerlo. ¡Y ahora uno de sus sobrinos mataba gendarmes! Jamás tendría el puesto de recaudador, si no impedía que este loco furioso se reuniese con los insurrectos. Se puso delante de la puerta, decidido a no dejarlo salir. - Escuche - le dijo a Silvère, muy sorprendido de encontrarlo allí -, yo soy el jefe de la familia, le prohíbo que salga de esta casa. Va en ello su honor y el nuestro. Mañana trataré de hacerle llegar a la frontera. Silvère se encogió de hombros. - Déjeme pasar - respondió tranquilamente -. No soy un soplón; no daré a conocer su escondite, esté tranquilo. - Y como Rougon continuaba hablando de la dignidad de la familia y de la autoridad que le confería su calidad de primogénito: - ¿Es que yo soy de su familia? - continuó el joven -. Siempre ha renegado de mí... Hoy, el miedo lo ha empujado hasta aquí, porque sabe que ha llegado el día de la justicia. ¡Vamos, paso! Yo no me escondo, no; tengo un deber que cumplir. Rougon no se movía. Entonces tía Dide, que escuchaba las palabras vehementes de Silvère con una especie de arrobamiento, colocó su mano seca en el brazo de su hijo. - Quitate Pierre - dijo -, el niño tiene que salir. El joven empujó ligeramente a su tío y se abalanzó afuera. Rougon, cerrando la puerta con cuidado, dijo a su madre con una voz llena de ira y de amenazas: - Si le ocurre alguna desgracia, será por su culpa... Es usted una

vieja loca, no sabe lo que acaba de hacer. Pero Adélaïde no pareció oírle. Fue a echar un sarmiento al fuego que se apagaba, murmurando con vaga sonrisa: -Ya sé cómo es esto... Él estaba meses enteros fuera; pero después volvía a mí, y mejor. Hablaba, sin duda, de Macquart Mientras tanto Silvère volvió corriendo al mercado. Cuando se acercaba al lugar donde había dejado a Miette, oyó un violento ruido de voces y vio una aglomeración que le hicieron apretar el paso. Acababa de producirse una escena cruel. Entre los insurgentes circulaban curiosos, desde que aquéllos se habían puesto tranquilamente a comer. Entre esos curiosos se encontraba Justin, el hijo del aparcerero Rébufat, un muchacho de unos veinte años, criatura escuchimizada y turbia que alimentaba un odio implacable contra su prima Miette. En casa, le echaba en cara el pan que comía, la trataba como a una pobre recogida por caridad al borde de un camino. Es de creer que la niña se había negado a ser su amante. Canijo, pálido, de extremidades demasiado largas, de rostro retorcido, se vengaba en ella de su propia fealdad y del desprecio que la guapa y fuerte chica había debido de mostrarle. Acariciaba el sueño de obligar a su padre a ponerla en la puerta. Por eso la espiaba sin tregua. Desde hacía algún tiempo, había sorprendido sus citas con Silvère; sólo esperaba una ocasión decisiva para informar a Rébufat. Aquella noche, habiéndola visto escapar de la casa hacia las ocho, el odio lo enfureció, no pudo callar más. Rébufat, ante el relato que le hizo, montó en una terrible cólera y dijo que expulsaría a aquel pendón a patadas, si tenía la audacia de regresar. Justin se acostó, saboreando de antemano la bonita escena que tendría lugar al día siguiente. Después experimentó un agudo deseo de tomarse inmediatamente un anticipo de su venganza. Se vistió y salió. A lo mejor encontraba a Miette. Se prometía ser muy insolente. Fue así como asistió a la entrada de los insurgentes y los siguió hasta el ayuntamiento, con el vago presentimiento de que iba a encontrar a los enamorados por aquella parte. Acabó, en efecto, descubriendo a su prima en el banco donde esperaba a Silvère. Al verla vestida con su gran pelliza y teniendo a su lado la bandera roja, apoyada en un pilar del mercado, se echó a reír, empezó a burlarse de ella groseramente. La jovencita, cortada al verlo, no encontró una palabra. Sollozaba bajo los insultos. Y mientras estaba toda sacudida por los sollozos, con la cabeza gacha, Justin la llamaba hija de forzado y le gritaba que Rébufat padre le sacudiría bien el polvo si se le ocurría alguna vez volver al Jas-Meiffren. Durante un cuarto de hora la tuvo así, temblorosa y herida. La gente había hecho corro, riéndose bobamente con aquella escena dolorosa. Por fin intervinieron algunos insurrectos y amenazaron al joven con administrarle una ejemplar corrección si no dejaba tranquila a Miette. Pero Justin, aunque retrocediendo, declaró que no les tenía miedo. Fue en ese momento cuando reapareció Silvère. El joven Rébufat, al verlo, dio un salto brusco, como para emprender la huida; lo temía, sabiendo que era mucho más vigoroso que él. Sin embargo, no pudo resistirse a la acuciante necesidad de insultar por última vez a la joven delante de su enamorado. -¡Ah!, ya sabía yo que el carretero no podía andar lejos -gritó-. ¿Es para seguir a este chiflado, verdad, por lo que nos has dejado? ¡Desdichada! ¡No tiene aún dieciséis años! ¿Para cuándo el bautizo? -Y dio unos pasos más hacia atrás, al ver a Silvère apretar los puños-. Y, sobre todo -continuó con una carcajada in noble-, no vengas a parir a nuestra casa. No tendrías necesidad de comadrona. Mi padre te asistiría a patadas, ¿oyes? Escapó, chillando, con el rostro magullado. Silvère, de un salto, se había arrojado sobre él y le había asestado en plena cara un terrible puñetazo. No lo persiguió. Cuando regresó junto a Miette, la encontró en pie, enjugándose febrilmente las lágrimas con la palma de la mano. Como él la mirase dulcemente, para consolarla, ella tuvo un gesto de brusca energía. -No -dijo-, ya no lloro, mira... Prefiero esto. Ahora ya no siento remordimientos por haberme marchado. Soy libre. Recogió la bandera, y fue ella quien condujo a Silvère entre los insurgentes. Eran entonces cerca de las dos de la madrugada. El frío resultaba tan intenso que los republicanos se habían levantado, terminaban su pan de pie y trataban de calentarse marcando el paso gimnástico allí mismo. Los jefes dieron por fin la orden de partida. La columna volvió a formarse. Los prisioneros fueron colocados en el medio; amén del señor Garçonnet y del comandante Sicardot, los insurgentes habían detenido al señor Peirotte, el recaudador, y a varios funcionarios, y se los llevaban. En ese momento se vio circular a Aristide entre los grupos. El hombre, ante este formidable levantamiento, había pensado que era imprudente no seguir siendo amigo de los republicanos; pero como, por otra parte, no quería comprometerse en exceso con ellos, había venido a decirles adiós, con el brazo en cabestrillo, quejándose amargamente de esa maldita herida que le impedía sostener un arma. Se encontró entre la multitud con su hermano Pascal, provisto de su maletín y de una pequeña caja de primeros auxilios. El médico le anunció, con su voz tranquila, que iba a seguir a los insurgentes. Aristide lo motejó en voz muy baja de inocente. Acabó por zafarse, temiendo que le confiaran la custodia de la ciudad, puesto que consideraba singularmente peligroso. Los insurrectos no podían pensar en conservar Plassans en su poder. La ciudad estaba animada por un espíritu demasiado reaccionario para que intentasen siquiera establecer una comisión democrática, como habían hecho ya en otras partes. Se habrían limitado a alejarse, si Macquart, empujado y envalentonado por sus odios, no se hubiera ofrecido a tener a Plassans a raya, a condición de que dejaran a sus órdenes una veintena de hombres decididos. Le dieron los veinte hombres, a la cabeza de los cuales acudió a ocupar triunfalmente la alcaldía. Durante

ese tiempo, la columna bajaba por el paseo Sauvaire y salía por la puerta Grande, dejando tras sí, silenciosas y desiertas, aquellas calles que había cruzado como una tempestad. A lo lejos se extendían las carreteras todas blancas de luna. Miette había rechazado el brazo de Silvère; marchaba valientemente, firme y erguida, sujetando la bandera roja con las dos manos, sin quejarse de la helada que amorataba sus dedos. (*best private schools in New York*).

## **Audiolibro La Fortuna De Los Rougon Mile Zola Cap Tulo Iv**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**